

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE TRADUCCIÓN Y DOCUMENTACIÓN
GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN
Trabajo de Fin de Grado

CINQ DANS TES YEUX
Traducción comentada francés-español

Andrea Conde Díaz
Tutora: Ángela Flores García

Salamanca, 2023

RESUMEN

Cinq dans tes yeux es la primera novela del autor marsellés Hadrien Bels publicada en el año 2020. La obra relata la vida de Stress y sus amigos en la Marsella de los años 90, antes de la gentrificación, y en la actualidad. Como ciudad multicultural, la convivencia entre culturas da lugar a un lenguaje conocido como *argot* o *Français Contemporain des Cités* (FCC) a través del cual se comunican los jóvenes. En este trabajo, abordaremos los retos a los que nos hemos tenido que enfrentar como traductores para trasvasar a la cultura meta este habla y también los culturemas derivados de una novela con una identidad muy marcada.

Palabras clave: *Cinq dans tes yeux*, *argot*, culturemas, Marsella, *Français Contemporain des Cités*

RÉSUMÉ

« *Cinq dans tes yeux* » est le premier roman de l’auteur marseillais Hadrien Bels publié en 2020. L’ouvrage raconte l’histoire de Stress et de ses amis dans la Marseille des années 90, avant la gentrification, et à nos jours. En tant que ville multiculturelle, la cohabitation des cultures a donné lieu à un langage connu comme « *argot* » ou « *Français Contemporain des Cités* » (FCC) que les jeunes utilisent pour se communiquer. Dans ce travail, nous traiterons les défis que nous avons dû affronter comme traducteurs pour transmettre à la culture espagnole ce parler et aussi les références culturelles dérivées d’un roman avec une identité très accentuée.

Mots clés : *Cinq dans tes yeux*, *argot*, références culturelles, Marseille, *Français Contemporain des Cités*.

ÍNDICE

1. Introducción.....	1
2. Metodología.....	3
3. La obra: Cinq dans tes yeux.....	4
3.1. Contextualización.....	4
3.1.1. Gentrificación en el barrio marsellés del Panier.....	4
3.1.2. Autoficción.....	5
3.1.3. A caballo entre la literatura del malestar y la literatura de banlieue.....	6
3.1.4. Del <i>argot</i> al <i>Français Contemporain des Cités</i> (FCC).....	9
4. Aspectos abordados en la traducción.....	11
4.1. Argot.....	11
4.1.1. Préstamos léxicos del árabe.....	12
4.1.2. Terminología de temas recurrentes del argot.....	15
4.1.3. Palabras malsonantes y vulgarismos.....	17
4.2. Culturemas.....	19
4.2.1. Medio natural.....	19
4.2.2. Patrimonio cultural.....	20
4.2.3. Cultural social.....	21
4.2.4. Cultura lingüística.....	24
5. Conclusión.....	28
6. Referencias bibliográficas.....	30
ANEXOS.....	32

1. Introducción

En el año 2022, Annie Ernaux gana el Premio Nobel de Literatura. La Academia Sueca le otorgó este reconocimiento por «el coraje y la agudeza clínica con la que descubre las raíces, los extrañamientos y las limitaciones colectivas de la memoria personal». A lo largo de su trayectoria literaria, había logrado describir con gran acierto a la sociedad francesa a través de sus propias experiencias. Ese acontecimiento fue la causa de que comenzásemos a interesarnos por su obra, pero también por toda una corriente literaria que había detectado el descontento de la ciudadanía de nuestro país vecino. Todo esto mucho antes de que se produjesen una serie de protestas, como fueron las de los «Chalecos amarillos».

En este contexto, descubrimos *Cinq dans tes yeux* de Hadrien Bels, una obra en la que convergen la crítica social y las vivencias personales de un autor que nos cautivó con su escritura analítica e irónica. La novela se desarrolla en dos escenarios muy distintos: la Marsella de los años 90 y la de hoy en día. Esas dos perspectivas se entrelazan a lo largo de toda la historia para dibujar un retrato realista de la ciudad y de la vida de Bels. Además, nos permite conocer la realidad multicultural que no solo caracteriza a la ciudad del autor, sino al país galo en su conjunto.

Al comenzar a investigar sobre Marsella, detectamos ciertas particularidades que la diferencian de otras ciudades francesas. Hasta comienzos de los años 2000, el barrio del Panier, donde se sitúa más precisamente la novela, acogía a poblaciones extranjeras y en él se desarrollaban toda una serie de dinámicas sociales propias de lo que conocemos en las grandes urbes como *banlieue*. Esto desencadenó que enmarcásemos a la obra no solo como literatura del malestar, sino también como literatura de *banlieue*. Esta corriente literaria se caracteriza por el uso de un lenguaje típico de las periferias o, en este caso, de los barrios marginales denominado *argot* o *Français Contemporain des Cités* (FCC).

Este Trabajo Final de Grado se divide en dos bloques principales. En la primera parte teórica, hemos contextualizado la novela tratando los aspectos más importantes para nuestro estudio: la gentrificación del barrio del Panier, la autoficción, las corrientes literarias en las que ubicamos a la obra y el *argot* como habla de los barrios marginales. En la segunda parte práctica, hemos realizado un comentario de la traducción de los capítulos de la novela que hemos llevado a cabo. Este análisis gira en torno a dos aspectos: el *argot* y los culturemas

El objetivo es acercar al lector español, a través de la traducción de *Cinq dans tes yeux*, un conjunto de elementos culturales y un lenguaje particular de un lugar en el que conviven personas originarias de distintos puntos de la geografía mundial. Todo ello acompañado de la exposición de las dificultades encontradas durante el proceso y las estrategias adoptadas para su resolución. Pretendemos lograr un texto natural en la lengua meta sin perder las connotaciones culturales que entraña, puesto que de otra manera el lector no podría apreciar la riqueza de la novela.

2. Metodología

El primer paso que llevamos a cabo tras terminar de leer la novela, fue escoger los capítulos que íbamos a traducir. Los capítulos no están numerados y se intercalan entre el presente y el pasado. Decidimos traducir el primer capítulo del pasado (de la página 17 a la 27) y otro que se sitúa en ese mismo tiempo (de la página 81 a la 91). También tradujimos un capítulo del presente (de la página 42 a la 53). La elección de estas partes como muestra para nuestro trabajo atiende a que se trata de extractos que contextualizan al lector sobre el argumento de la obra y ponen de manifiesto los aspectos que la caracterizan y que hemos abordado en este trabajo.

De la página 17 a la 27, conocemos el barrio del Panier de los años 90. El autor rememora su adolescencia a través de Stress, el protagonista, y sus amigos. Además, nos presenta las características plazas que conforman este particular barrio. De la 42 a la 53, un Stress adulto se pasea por una Marsella cambiada y conocemos los estragos que la gentrificación ha causado en la ciudad. Finalmente, de la 81 a la 91, descubrimos el mercado de las pulgas marsellés de la mano de un Stress en la veintena.

Para contextualizar la obra de Hadrien Bels, resultó de gran ayuda conocer a los autores de la literatura de *banlieue* a través de la lectura de diversos artículos que se mencionarán más adelante; así como leer «Los armarios vacíos» de Annie Ernaux y «Regreso a Reims» de Didier Eribon. Estos primeros pasos, me llevaron a concluir que debía de comentar las estrategias de traducción en base a dos aspectos: el *argot* y los culturemas.

En el caso del *argot*, hemos tratado de aplicar la *traduction puissance trois* de Vitali (2012) que se explicará posteriormente. Para los culturemas, hemos tomado la definición y taxonomía de Molina Martínez (2001) que se detallará más adelante. Para este análisis, hemos empleado una tabla, en la primera columna hemos indicado el número de página del extracto que vamos a comentar. Las columnas contiguas recogen la parte del texto origen (TO) y texto meta (TM) que vamos a analizar. Finalmente, hemos establecido una columna de «comentario» para explicar las estrategias que hemos seguido en cada caso.

3. La obra: Cinq dans tes yeux

Cinq dans tes yeux se publicó en el año 2020 y es la primera obra de Hadrien Bels, videasta y realizador marsellés nacido en 1979. La novela es un relato nostálgico de su propia infancia y una crítica a la gentrificación que hoy en día asola la ciudad en la que, además, se pone de manifiesto la cultura de sus habitantes y su forma de relacionarse a través del lenguaje.

La obra cuenta la historia de Stress intercalando el presente y el pasado para conformar un relato completo de la vida del protagonista desde su juventud hasta su adultez en el barrio marsellés del Panier. En este escenario multicultural, conocemos a sus cinco amigos de la infancia de diversa procedencia: Nordine, Ichem, Ange, Djamel y Kassim. Sin embargo, el barrio que él conoció ha cambiado y hoy los «Venidos» (*Venants*), como él les denomina, transforman las calles de un lugar que un día perteneció a los pobres. Ahora, Stress quiere rodar una película para recordar la ciudad en la que él creció y que, poco a poco, desaparece ante sus ojos.

3.1. Contextualización

3.1.1. Gentrificación en el barrio marsellés del Panier

El Panier es un barrio marsellés situado en el centro de la ciudad, a pocos pasos del Viejo Puerto. A lo largo de su historia reciente, sus calles han acogido a poblaciones procedentes de distintos puntos de la geografía mundial. Si a principios del siglo XX, la inmigración se componía principalmente de italianos y corsos, más tarde serían magrebís y comorenses quienes llegarían a la ciudad. Durante este tiempo, el Panier tuvo la fama de zona conflictiva y violenta. Sin embargo, a finales de los años 90, el barrio empezó a experimentar una serie de cambios urbanísticos que provocaron que los habitantes con menos recursos abandonasen sus residencias para ocupar la periferia de Marsella, un proceso que a día de hoy sigue en marcha.

Este proceso se conoce como gentrificación y según Autier y Bidou-Zachariasen (2008) en Géa (2017:21) consiste en el abandono de los barrios populares por parte de las poblaciones más modestas a causa de la llegada de nuevos tipos de poblaciones con un capital económico y cultural alto.

Estos cambios urbanísticos se enmarcaron dentro de una política urbanística de rehabilitación del centro de la ciudad que en palabras de Géa (2017:23) trató de aprovechar la naturaleza de los edificios y la morfología del barrio para restaurarlo y lograr que fuese un lugar atractivo para los turistas y las clases sociales más altas. Estas transformaciones consiguieron situar a Marsella en el mapa del turismo y que fuese nombrada Capital Europea de la Cultura en el año 2013.

3.1.2. Autoficción

La autoficción nace en 1977 de la mano de Serge Dubrovsky quien decide emplear este neologismo para referirse a su obra *Fils* y poner en entredicho al ensayo «El pacto autobiográfico» de Lejeune (1991) quien había definido la autobiografía como «relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad».

Según Casas (2012:9), Dubrovsky concibe la autoficción como un género híbrido en el que «el pacto de ficción sí es compatible con la identidad de nombre entre autor, narrador y personaje», al contrario de lo que Lejeune había formulado en su obra anteriormente mencionada. Alberca (2007:92 y ss) en Sánchez Zapatero (2013) establece que existen tres novelas del yo: las novelas autobiográficas, las autobiografías ficticias y las autoficciones. En estas últimas afirma que «debe existir una correspondencia entre autor, narrador y protagonista, quien relata una historia en la que las fronteras entre la realidad y lo vivido no es segura».

En la obra que estamos estudiando, *Cinq dans tes yeux*, no existe esta correspondencia mencionada, pues el autor es Hadrien Bels y el protagonista, Stress. Sin embargo, la biografía del autor y sus declaraciones en determinadas entrevistas nos hacen suponer que, efectivamente, Bels y Stress son la misma persona. Asimismo, las propias palabras del autor en el programa de radio *Le Réveil Culturel* (2020) ponen de manifiesto que las vivencias relatadas en la obra se mueven entre lo real y lo ficticio: « Ouais, c'est ma vie. En tout cas, c'est inspiré, comme ils disent dans les livres et dans les films, c'est inspiré des faits réels. Beaucoup de choses que j'ai vécues, on s'arrange beaucoup avec le réel (...) mais le point départ c'est un corpus de scènes vécues ». ¹

¹ *Si, es mi vida. En cualquier caso, está inspirado, como se suele decir en los libros y en las películas, está inspirado en hechos reales. Muchas cosas que he vivido, siempre nos*

Se han propuesto distintas definiciones de autoficción a lo largo de la historia y existen críticos que, incluso, ponen en duda la existencia del género. Sin embargo, el término se ha popularizado y las editoriales y la prensa lo emplean para publicitar obras de muy diversa índole. Es el caso de esta obra, pues si consultamos distintos artículos periodísticos dedicados a reseñarla o a publicitarla, encontraremos que la definen de tal manera, tal y como encontramos en un titular de *Libération* (2021): « Une autofiction qui prend des airs de revanche ». ²

3.1.3. A caballo entre la literatura del malestar y la literatura de *banlieue*

Cinq dans tes yeux es una obra que podríamos situar entre dos corrientes literarias en auge actualmente en Francia: la literatura del malestar y la literatura de *banlieue*.

En el año 2019, se publicó en el diario *El País* un artículo titulado «La literatura del malestar francés» por Marc Bassets. En el mismo se hablaba de una corriente literaria que agrupa a autores de la talla de Annie Ernaux, Michel Houellebecq o Didier Eribon que, si bien tratan temas muy diversos, todos habían logrado plasmar en sus obras el desacuerdo de la sociedad francesa frente al funcionamiento del Estado. Su producción literaria había conseguido ser la voz de aquellos que sobreviven en la Francia rural lejos de París con salarios bajos y se había anticipado al movimiento de los «Chalecos amarillos» que estalló en 2018 contra la subida del precio de los carburantes.

Annie Ernaux, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 2022 y a la que se considera precursora de esta corriente, trata en su obra los temas del aborto, la violencia machista o el desclasamiento desde un punto de vista que fluctúa entre la autoficción y lo autobiográfico. Didier Eribon por su parte, relata en «Regreso a Reims», su experiencia como joven homosexual de clase obrera que tuvo que abandonar su ciudad natal para estudiar en París y cómo este hecho le provocó un rechazo hacia el mundo rural que le había visto crecer. En definitiva, estos dos autores representativos de la literatura del malestar comparten un sentimiento de desarraigo respecto a sus orígenes tras haber logrado alcanzar posiciones sociales más altas.

llevamos bien con la realidad (...) pero el punto de partida es un corpus de escenas vividas. (Todas las traducciones son propias a no ser que se indique lo contrario).

² *Una autoficción con aires de venganza.*

En *Cinq dans tes yeux*, en los capítulos de la adultez, podemos encontrar reflexiones que remiten a lo mencionado anteriormente. Stress no logra sentir que pertenece a ese nuevo mundo de intelectuales del que se rodea. En consecuencia, el autor construye una novela en homenaje a la Marsella que él conoció para denunciar que hoy esa misma ciudad rechaza todo lo que en algún momento fue su seña de identidad.

De ces Venants qui écrivent leur histoire sur des pancartes de manifestation et qui affirment à haute voix : « Fiers d'être Marseillais ! » Ils ont bien compris ces sans-honte, que le plus important, c'est pas d'être marseillais, mais de le faire croire. Et Marseille les écoute. (...) Moi, je la trouve belle comme ça. Avec ces mots simples et ses manières de fille des rues. Mais elle s'en fout de moi.³

Como hemos comentado anteriormente, el escenario de *Cinq dans tes yeux* es el Panier, un barrio céntrico de la ciudad de Marsella que acogía a una población multicultural hasta que comenzó su proceso de gentrificación. Esta situación difiere respecto a otras ciudades francesas, pues suele ser en las periferias donde se concentran las clases populares. Por lo tanto, en el caso de la Marsella de los 90, la *banlieue* no se ubicaba a las afueras de la ciudad, sino en el centro donde se reproducían todas las dinámicas propias de los suburbios de las grandes urbes.

En línea con lo explicado en el anterior párrafo, la obra que estudiamos también podría situarse dentro de la denominada literatura de *banlieue*, que nace a partir de la literatura *beur*. Esta última aparece en los años 80 de la mano de una serie de autores nacidos en Francia, pero cuyos padres procedían del Magreb. Sin embargo, el término no empezaría a tomar relevancia hasta la «Marcha por la igualdad y contra el racismo» de 1983 apodada «Marcha de los *beurs*». En palabras de Cello (2011:191), la temática principal de esta corriente literaria era la búsqueda de la identidad de los propios personajes, que sentían que no formaban parte de ninguna de las dos culturas: ni de la árabe que habían aprendido en casa a través de su familia ni de la francesa, país en el que habían crecido.

Muchos críticos literarios afirman que es en el año 2005 tras los disturbios en las *banlieues* de distintas ciudades francesas cuando aparece la denominada literatura de

³ *De los Venidos que escriben su historia en pancartas de manifestaciones y que afirman en voz alta: «¡Orgullosos de ser marselleses!» No tienen vergüenza y han entendido que lo importante no es ser marsellés, sino hacerlo creer. Y Marsella los escucha (...) A mí me parece bella así. Con sus palabras simples y su actitud de chica de la calle. Pero le doy igual.*

banlieue. En este caso, Cello (2011:195) sostiene que se trata de autores con orígenes magrebís o subsaharianos, pero también franceses. Su objetivo es relatar la vida en estos barrios en los que ellos mismos han crecido y denunciar las desigualdades a las que se enfrentan.

Estos autores se unirían posteriormente en un colectivo llamado *Qui fait la France?* Es decir, el nombre planteaba la pregunta de quiénes eran las personas que construían el país. Aunque, su nombre también hacía referencia al verbo en lenguaje familiar derivado del árabe, *kiffer*. Esto serviría para otorgar un doble sentido de «querer» a Francia. Los autores afirmaron en su manifiesto (2007) en Berty (2012:42) compartir «le goût d'une littérature du réel, sociale et revendicative, militant pour une reconnaissance sensible des territoires en souffrance et de ses habitants, et plus largement pour tous ceux qui n'ont pas voix au chapitre de ce pays».⁴

Sin embargo, este colectivo rechazaría en *Chroniques d'une société annoncée* (2007:8-9) en LeBreton (2013:22) la etiqueta de literatura de *banlieue* por considerar que esta les relegaba de nuevo a los márgenes de la sociedad.

*Parce que catalogués écrivains de banlieue, étymologiquement le lieu du ban, nous voulons investir le champ culturel, transcender les frontières et ainsi récupérer l'espace confisqué qui nous revient de droit, pour l'aspiration légitime à l'universalisme [...] nous, citoyens de là et d'ailleurs, ouverts sur le monde et sa richesse, souhaitons combattre par le verbe et par la plume les préjugés honteux qui sclérosent notre pays et minent le vivre-ensemble.*⁵

Horvath (2015) sostiene estos mismos argumentos y prefiere clasificar como literatura de *banlieue* a aquellas obras cuyo escenario sea la *banlieue* independientemente del origen de sus autores con el objetivo de evitar la estigmatización de los mismos.

En definitiva, aunque nuestro autor es francés e, incluso, llega a referirse a su madre en las páginas del libro como «aristócrata», no son sus orígenes quienes determinan que

⁴ *El gusto por una literatura real, social y reivindicativa, militante para un reconocimiento sensible de los territorios desfavorecidos y de sus habitantes, y para todos los que no tienen voz en los capítulos de este país.*

⁵ *Porque se nos etiqueta como escritores de banlieue, etimológicamente el lugar de la exclusión, queremos ocupar el espacio cultural, transcender las fronteras y recuperar el espacio que nos ha sido confiscado y que nos corresponde por derecho, por la aspiración legítima al universalismo (...) nosotros, ciudadanos de aquí y de allá, abiertos al mundo y a su riqueza, deseamos combatir con el verbo y la pluma los prejuicios vergonzosos que asolan nuestro país y minan la convivencia.*

ubiquemos a la obra en esta corriente, sino el lugar en el que se desarrolla la acción y las dinámicas sociales que se reproducen.

3.1.4. Del *argot* al *Français Contemporain des Cités* (FCC)

El *argot* o el *Français Contemporain des Cités* (FCC) no solo está presente en las calles de los barrios marginales, sino que también ha encontrado su lugar en la literatura de *banlieue* que hemos tratado en el anterior apartado. El objetivo de los autores de esta corriente es plasmar en sus obras el contexto social que se vive en estos barrios y el uso de este tipo de lenguaje contribuye a dotar de realismo a los personajes de sus novelas. Asensio Pavón (2023) explica la importancia del FCC en la literatura de *banlieue* y afirma que «puede considerarse, además, como la primera y única forma posible de estandarización del FCC, pues su existencia es plenamente oral, informal, en perpetua evolución y escapa de cualquier tipo de registro normalizado».

Todas las lenguas tienen un registro argótico, aunque en el caso del francés está mucho más marcado. A través de este lenguaje se generan estrategias crípticas para esconder a aquellas personas que no pertenecen a un determinado grupo el significado de las palabras que están empleando (Goudaillier, 2002). Sin embargo, según este mismo autor algunas formas lingüísticas clasificadas en el pasado como *argot* han pasado a formar parte de la lengua común.

Les formes argotiques et les formes non légitimées dites « populaires » de la langue française se rejoignaient et c'est une des raisons qui ont permis alors aux mots des argotiers, des jargonneux de tel ou tel « petit » métier de passer du statut d'argot particulier à celui d'argot commun avant même de transiter par l'intermédiaire de la langue familière vers la langue française circulante, voire la langue académique, celle que l'on peut aussi écrire, y compris à l'école.⁶

En los últimos años, la evolución de la lengua francesa ha dado lugar a un nuevo habla conocido como *Français Contemporain des Cités* (FCC) promovido por los jóvenes de las *banlieues*. Al igual que ocurría en los inicios del *argot*, estos jóvenes reivindican su

⁶ *Las formas argóticas y las formas no legítimas conocidas como «populares» de la lengua francesa se unen y es una de las razones que ha permitido a las palabras del argot y de la jerga de ciertas «pequeñas» profesiones pasar del estatus de argot particular al de argot común incluso antes de transitar por la lengua familiar y la lengua francesa circulante, incluso la lengua académica que podemos escribir y aprender en el colegio.*

identidad y su pertenencia a un grupo a través del FCC y excluyen a todos aquellos que no pertenecen a él (El-Kolli, 2013:126).

Asensio Pavón (2023:128) explica que el FCC consigue construir y renovar su forma y significado a través de cuatro procesos formales:

- El verlan: proceso por el que se altera el orden silábico de un lexema. Algunos ejemplos serían *ainf* derivado de *faim* (hambre) o *rempas* de *parents* (padres).
- La reverlanización: proceso por el cual se verlanizan lexemas que ya habían sido verlanizados. Un ejemplo sería el de *mère* (madre) cuya forma verlanizada es *reum* y su reverlanización es *meureu*.
- La aféresis: pérdida de uno o varios sonidos de la palabra original. Aparecen *vail* de *travail* (trabajo) o *blème* de *problème* (problema).
- La resufijación: consiste en añadir un sufijo a una unidad léxica para cargarla de connotaciones despectivas. Surge *rabzouille* que proviene de *rabza* que, a su vez, es el verlan de *arabes* (árabes).

Además, apunta al uso de palabras en árabe o africano como un procedimiento semántico empleado por el FCC. En *Cinq dans tes yeux*, queda patente este proceso a través del uso de palabras como: *wallah* (jurar por Dios) o *bismillah* (en el nombre de Dios).

El éxito de esta literatura se ha visto patente con la traducción a distintas lenguas de algunas de sus obras claves como *Kiffe kiffe demain* de Faïza Guène. La presencia del FCC en ellas presenta asimismo una serie de dificultades traductológicas que se han tenido que abordar al realizar la traducción de *Cinq dans tes yeux* y que posteriormente se detallarán en profundidad.

4. Aspectos abordados en la traducción

En este comentario de la traducción hemos decidido tratar dos puntos principales: el *argot* y los culturemas. En el primer caso, hemos analizado, los préstamos léxicos del árabe, la terminología recurrente del *argot* y las palabras malsonantes y vulgarismos. Finalmente, hemos ubicado los culturemas según las categorías culturales propuestas por Molina Martínez (2001).

4.1. Argot

La traducción del *argot* entraña diversas dificultades, puesto que su uso es mucho más marcado en la lengua francesa que en la española en la que su función críptica se ve más diluida.

En relación con esto, Vitali (2012), traductora al italiano de la obra de Rachid Djaïdani, sostiene que « le risque principal pour un traducteur qui aborde ce genre de textes est celui de les « neutraliser », en laissant de côté leur stratification et leur ramification plurilinguistique »⁷. Este riesgo nace de la presencia de realidades sociales o palabras verlanizadas que muy difícilmente existirán en la lengua meta. Además, explica que, para llevar a cabo su labor traductológica, ella empleó lo que denomina una *traduction puissance trois* que consiste en trasvasar el *Français Contemporain des Cités* a francés estándar, este a italiano estándar y, por último, el italiano estándar a italiano argótico. Sin embargo, advierte del peligro de no llegar hasta el final del proceso, lo que daría lugar a un texto demasiado normalizado.

En esta misma línea, Díaz Alarcón (2021:284-285) en su estudio sobre el uso del *argot* y del FCC en la obra de Faïza Guène, sigue el mismo método propuesto por Vitali y añade la siguiente reflexión:

En las propuestas que presentamos en este trabajo, nuestro objetivo ha sido trasvasar tanto el contenido semántico del término o expresión como los registros familiar y coloquial del discurso. Hemos optado, por tanto, por reproducir las variaciones sintácticas y gramaticales que permita el español y compensar las que no tengan equivalente.

En las siguientes líneas, hemos explicado las estrategias seguidas para la traducción del *argot* donde hemos tratado de aplicar las recomendaciones propuestas por estas autoras

⁷ *El riesgo principal para un traductor que aborda este tipo de textos es «neutralizar», lo que dejaría de lado su estratificación y su ramificación plurilingüística.*

siempre que ha sido posible. Para llevar a cabo este análisis, hemos clasificado el *argot* en tres categorías: préstamos léxicos del árabe, terminología de temas recurrentes en el *argot* (droga y crimen) y palabras malsonantes y vulgarismos.

4.1.1. Préstamos léxicos del árabe

Los préstamos léxicos del árabe tienen una gran importancia en *Cinq dans tes yeux*. Los personajes de origen magrebí emplean estos términos en los diálogos de la novela para reforzar su identidad y cultura. En primer lugar, hemos comentado la estrategia de traducción empleada para las palabras en árabe con un significado religioso.

nº pág	TO	TM	Comentario
p. 25	(...) reposé sur un endroit accessible en disant « <u>Bismillah</u> ».	(...) colocarlo en un lugar accesible y decir « <i>Bismillah</i> ». (N. del T. Expresión en árabe que significa «en el nombre de Alá»).	En todos estos casos, los términos en árabe hacen referencia a realidades del islam. El lector de la cultura origen entiende estas palabras o expresiones debido a que la sociedad francesa convive con la cultura magrebí desde hace décadas por razones históricas.
p. 26	Les retards des potes, les plans foireux et les « <u>Inch'Allah</u> demain », pour dire que rien n'arriverait demain (...) j'arrivais pas à m'y faire.	No me acostumbraba a los retrasos de los colegas, a los planes chungos y a los « <i>Inch' Allah</i> mañana» para decir que mañana no pasaría (...) (N. del T. Expresión empleada en árabe para decir «si Alá quiere»).	Sin embargo, en la traducción, hemos optado por dejar los términos en cursiva para no perder la connotación identitaria de los mismos y añadir una nota a pie de página para acercar esta realidad desconocida al lector de la lengua meta.

p. 32	- <u>Wallah</u> , c'est un fou ce Amar ! Merci la famille !	-¡ <i>Wallah!</i> ¡Este Amar es un loco! ¡Gracias familia! (N. del T. Expresión en árabe cuyo significado es «lo juro por Alá» o «por Alá»).	
p. 87	- Ça va, et toi la famille ? j'ai répondu. - <u>Hamdoulah</u> ...	- Bien, ¿y tu familia? – le respondí. - <i>Hamdoulah</i> ... (N. del T. Expresión en árabe cuyo significado es «gracias a Alá»).	
p. 90	- <u>Saha</u> Stress, merci d'être passé. À bientôt, mon frère.	- <i>Saha</i> Stress, gracias por pasarte. Hasta pronto, hermano. (N. del T. Palabra en árabe que significa «salud» o «que aproveche»).	

A continuación, explicaremos las estrategias seguidas para otro tipo de préstamos léxicos presentes en el texto origen.

p. 32	(...) comme sauce ils demandaient « mayo-harissa », et moi « mayo-ketchup » (...) « Mets-moi	(...) ellos pedían de salsa «mayo- <i>harissa</i> » y yo «mayo-ketchup» (...) «¡hermano,	Hemos decidido, de nuevo, emplear la cursiva para <i>harissa</i> por tratarse de un término en árabe, pero no se ha añadido nota a pie de página. El lector de la lengua meta podrá identificar
-------	---	---	---

	harissa-mayo, frère ! »	ponme <i>harissa-mayo!</i> »	que se trata de una salsa por el contexto. Además, tampoco se ha modificado el orden de la otra salsa a la que acompañan, pues dependiendo de qué lugar le des a la <i>harissa</i> significará que quieres más o menos cantidad de ella.
p. 81	(...) on allait au marché aux puces vendre toutes sortes de <u>téménik</u> récupérés à droite à gauche.	(...) íbamos al mercado de las pulgas para vender toda clase de <u>tonterías</u> que habíamos encontrado de un lado y de otro.	Este término tiene su origen en el árabe <i>t'mnik</i> . En este caso, hemos optado por una palabra que mantiene el tono familiar, pero pierde la función críptica del <i>argot</i> .
p. 86	- Wesh, t'as juste « li récépissé » et tu <u>tchatches</u> .	- Joder, a ti te ha llegado «el recibito de la nacionalidad» y ya <u>te crees alguien</u> .	<i>Tchatcher</i> es un verbo que proviene del <i>argot pied-noir</i> que creó la palabra a partir del español «cháchara». Para la traducción, hemos decidido tomar una forma desafiante de decir que esa persona es una «charlatana».
p. 88	- Et toi ça va ? Tu arrives à vendre des trucs <u>chouïa</u> ? il m'a demandé.	-¿Y tú qué? ¿Consigues hacerte <u>algo de pasta</u> vendiendo cosas? – me preguntó.	<i>Chouïa</i> es una palabra en árabe que significa «poco» o «poca cantidad». Con el fin de dotar de informalidad al texto, hemos cambiado la estructura de la frase y en lugar de decir «¿vendes alguna cosa?», hemos optado por «¿te haces algo de pasta vendiendo cosas?». El

			hecho de utilizar la palabra «pasta» consigue mantener la función del texto original.
--	--	--	---

4.1.2. Terminología de temas recurrentes del *argot*

El hecho de que el *argot* tenga mayor presencia en lugares donde residen poblaciones marginales con un nivel económico bajo, tiene como consecuencia el uso de terminología referente a la droga y el crimen.

Droga

p. 17	(...) ses voisins faisaient la vaisselle sur le trottoir et les <u>toxics</u> se piquaient dans les couloirs sans électricité de notre rue.	(...) sus vecinos fregaban los platos sobre la acera y los <u>yonkis</u> se pinchaban en los rincones sin electricidad de nuestra calle.	En este caso, «drogadicto» resultaba muy formal vista la función que busca el texto original. Por lo tanto, hemos empleado el término «yonki», pues mantiene el efecto argótico deseado.
p. 20	Ici que tu achetais ton shit plein de paraffine, ou un <u>morceau</u> de <u>carton</u> .	Donde comprabas tu hachís lleno de parafina o tu <u>ración</u> de <u>LSD</u> .	<i>Carton</i> es una palabra polisémica, pero teniendo en cuenta el contexto de la frase, hemos concluido que se refiere a pastillas de LSD. Para la traducción, hemos elegido la fórmula de «ración», en lugar de un «trozo», pues resulta más idiomático acompañado de LSD.
p. 22	On tuait notre temps à fumer du <u>shit coupé à la</u> <u>paraffine</u> et à	Matábamos el tiempo fumando <u>hachís cortado con</u> <u>parafina</u> y golpeando	<i>Shit</i> se refiere al hachís adulterado o «cortado». Hemos sopesado la opción de emplear el término «chocolate». Sin

	taper dans des ballons de foot dégonflés.	balones de futbol deshinchados.	embargo, «hachís» es una palabra muy utilizada por los jóvenes de la cultura meta, lo que cumpliría con la función del texto original.
p. 23	Au troisième <u>joint</u> , je lui ai dit : -En fait, tu sais pas <u>rouler</u> !	Al tercer <u>porro</u> , se lo dije: -En realidad, ¿no sabes <u>liar</u> !	Existen muchas palabras para denominar a un «porro», como: «canuto», «canelo» o «petardo»; hemos decidido escoger esta porque es la fórmula más empleada en la cultura meta. «Liar» es la palabra que se utiliza para nombrar al proceso de colocar la marihuana o hachís en el papel de fumar.
p. 24	Il se levait toujours très tôt, préparait le café, fumait sa <u>clope</u> , passait la serpillère (...)	Se levantaba siempre muy pronto, se hacía un café, se fumaba su <u>pitillo</u> , fregaba (...)	De nuevo, hemos optado por una forma más informal de denominar a los «cigarros» con el fin de no cambiar el tono del texto original.

Crímen

p. 18	(...) chez Mme Calzolarie, qui plus tard est entrée en <u>taule</u> pour trafic de cocaïne.	(...) de la señora Calzolarie, que después acabó entrando en el <u>talego</u> por tráfico de cocaína.	El propio texto origen emplea un término argótico, así que hemos buscado en la cultura meta una palabra con el mismo efecto. Otra opción válida habría sido «chirona».
p. 19	(...) qui parlent entre eux comme	(...) que hablan entre ellos como si	Si bien «atraco» no posee la misma dimensión argótica que

	s'ils préparaient le <u>casse</u> du siècle.	estuviesen preparando el <u>atraco</u> del siglo.	<i>casse</i> , la traducción resulta idiomática. Esto se debe a la popularidad con la que cuenta la expresión «atraco del siglo».
p. 20	(...) arrachage de sacs, vol de scooters, <u>cambriolage</u> de voisins, <u>deal</u> de faux shit et revente de places sur le marché noir du stade Vélodrome.	(...) arranque de mochilas, robo de scooters, <u>asalto</u> a vecinos, <u>tráfico</u> de hachís falso y reventa de entradas en el mercado negro del Estadio Vélodrome.	<i>Cambriolage</i> se diferencia de <i>vol</i> en que la primera significa «robo con violencia» y la segunda «sin violencia». Hemos plasmado esa diferencia terminológica en el texto origen mediante el uso de «asalto» y «robo». Por otro lado, <i>deal</i> es un anglicismo para referirse a «tráfico de drogas». Sin embargo, este préstamo propio del FCC no cuenta con la misma aceptación en la cultura meta, lo que ha causado una neutralización en el texto meta.
p. 20	C'est ici que les plus grosses <u>bagarres</u> avaient lieu et on entendait des bruits d'os à chaque coup de poing.	Aquí era donde sucedían las grandes <u>trifulcas</u> que producían los sonidos de los huesos después de cada puñetazo.	En este caso, hemos acudido a un término con más carga coloquial para no neutralizar el texto meta con una palabra como «pelea».

4.1.3. Palabras malsonantes y vulgarismos

p. 21-22	(...) sur ses bancs en bois tailladé au couteau « Malika	(...) en sus bancos de madera tallados a cuchillo con «Malika	Hemos recurrido a insultos propios de la cultura meta. Hemos mantenido el artículo
----------	--	---	--

	<p><u>la Suceuse</u> » et « Bonzaï <u>la</u> <u>Balance</u> »</p>	<p><u>la Chupapollas</u>» y «Bonzaï <u>la Chivata</u>».</p>	<p>que precede a estas palabras porque se trata de apodos a personas y la mayúscula inicial. La traducción recrea una situación común en ambas culturas: los insultos para denominar a personas en lugares públicos, como bancos, puertas de baños, mesas de colegio, etc.</p>
p. 23	<p>Mais un <u>clando</u> reste un <u>clando</u>. T'es marqué au fer rouge.</p>	<p>Pero un <u>sin papeles</u> nunca deja de ser un <u>sin papeles</u>. Estás marcado a fuego.</p>	<p><i>Clando</i> es un término argótico para denominar a los trabajadores inmigrantes clandestinos. La expresión «sin papeles» además de tener el mismo significado, posee las mismas connotaciones peyorativas que buscaba el texto origen.</p>
p. 27	<p>- Quoi ? On attend Kassim ? Eh, c'est bon ! <u>Sur ma mère !</u></p>	<p>- ¿Qué? ¿Estamos esperando a Kassim? ¡Ya está bien! ¡<u>Me</u> <u>cago en mi puta</u> <u>madre!</u></p>	<p>En este caso, hemos buscado una expresión natural en la cultura meta. Aunque, es cierto que se añaden elementos e, incluso, puede provocar un efecto de mayor vulgaridad que en el texto origen.</p>
p. 84	<p>- Qu'est-ce qui t'arrive <u>espèce de</u> <u>gros lard</u> ?</p>	<p>- ¿Qué te pasa <u>pedazo de cerdo?</u></p>	<p>El texto origen antepone adjetivos al insulto para aumentar la carga del mismo. Por eso, en la traducción hemos decidido seguir esa misma estrategia utilizando «pedazo». El uso de esta palabra se debe a que es muy común emplearla</p>

			junto a «cerdo» cuando se pretende ofender a alguien.
--	--	--	---

4.2. Culturemas

En esta segunda parte del comentario de la traducción, hemos extraído los culturemas presentes en el texto origen para explicar las estrategias que hemos empleado en cada caso.

Antes de proceder con este trabajo, debemos explicar qué entendemos por culturema. Para ello, tomamos la definición de Molina Martínez (2001:89) quien entiende «por culturema un elemento verbal o paraverbal que posee una carga cultural específica en una cultura y que, al ser transferida a otra cultura, puede provocar una transferencia nula o distinta al original» y añade que «los culturemas no existen fuera de contexto, sino que surgen en el seno de una transferencia cultural entre dos culturas concretas».

Para nuestro análisis, hemos tenido en cuenta la clasificación propuesta por Molina Martínez (2001:91-94) quien organiza los culturemas en cuatro categorías culturales:

- Medio natural: incluye a la fauna, flora, fenómenos atmosféricos, climas, vientos, paisajes y topónimos
- Patrimonio cultural: se ubican personajes (reales o ficticios), hechos históricos, conocimiento religioso, festividades, monumentos conocidos, etc.
- Cultura social: se sitúan las convenciones y hábitos sociales (saludos, modos de comer, de vestir, etc) y elementos de la organización social (sistemas políticos, educativos, oficios, etc).
- Cultura lingüística: refranes, frases hechas, metáforas generalizadas, etc.

4.2.1. Medio natural

Cinq dans tes yeux destaca por el uso de topónimos porque es una novela que describe Marsella y, para ello, se mencionan muchos de los lugares que conforman la ciudad. En la traducción que hemos realizado, hemos mantenido intactos los nombres de todas las calles y barrios, pues no cuentan con una traducción acuñada en la cultura meta. Sin embargo, excepcionalmente, en el caso de *Vieux-Port* sí que se ha optado por su

equivalente en castellano «Viejo Puerto» porque existe un uso generalizado del mismo. Esto se debe a que es el punto histórico más conocido de Marsella.

4.2.2. Patrimonio cultural

En este caso, hemos ubicado a los personajes propios de la cultura de origen o creados excepcionalmente por el autor o, así como elementos de la gastronomía local de Marsella.

n° pág	TO	TM	Comentario
p. 17	<u>Les Barbus</u> n'étaient plus seulement dans les campagnes.	<u>Los Barbudos</u> ya no vivían solo en los pueblos.	El término en el texto origen es una forma de dirigirse despectivamente a personas que practicaban el islam de manera radical. En la traducción hemos optado por un calco y por mantener la mayúscula, ya que es una elección del autor para dotar de identidad a este grupo de personas.
p. 18	(...) je courais à fond pour acheter de <u>la Biberine</u> et des meringues chez Mme Calzolarie	(...) corría como un loco para comprar <u>los dulces Biberine</u> y los merengues de la señora Calzolarie,	La <i>Biberine</i> eran unos dulces típicos de Marsella. Como estos son desconocidos para el público de la lengua meta, hemos optado por anteponer un generalizador como «dulces» y mantener la marca en su idioma original y en cursiva al ser un elemento extranjero.
p. 19	(...) y a toujours quelques <u>Venants</u> qui tirent sur leur tabac à rouler et	(...) siempre hay algunos <u>Venidos</u> que fuman su tabaco de	<i>Venants</i> es una construcción literaria creada por el propio autor para designar a aquellas personas que han venido a vivir

	sirotent leur mauresque.	liar y saborean su <i>mauresque</i> .	a Marsella y que, de alguna manera, son participantes en la gentrificación de la ciudad. El autor explica en <i>Le Réveil Culturel</i> (2020) ⁸ que el origen de esta expresión radica en Senegal y que ha preferido usarla frente a <i>Bobo</i> («modernito»). Hemos optado por un calco para que no se perdiese la originalidad y la identidad del texto original.
p. 29	(...) la Plaine a toujours été une marmite d'accents pointus (...) de <u>punks à chiens</u> (...)	(...) la Plaine siempre ha sido un caldo de acentos del norte, (...) de <u>punkis callejeros con perro</u> (...)	Los <i>punks à chiens</i> son un colectivo que nació en los años 80 en Francia y que hace referencia a punkis que vagaban por la calle acompañados de perro. Como esta figura no existe en la cultura meta, hemos traducido literalmente añadiendo «callejeros» para hacer referencia a una de sus características principales

4.2.3. Cultural social

En lo referente a esta categoría, encontramos en la novela culturemas relacionados con la organización social, más concretamente a cargos o partidos políticos, sistemas educativos y procedimientos administrativos.

⁸ *C'est une création littéraire, les Venants, c'est une expression qu'utilisait ma femme qui est Sénégalaise et dans son quartier pour dire c'est, ceux qui viennent d'ailleurs. Es una creación literaria, los Venidos, es una expresión que utilizaba mi mujer que es senegalesa en su barrio para referirse a los que vienen de fuera.*

p. 18	(...) Gisèle, est devenue <u>maire d'arrondissement</u> et numéro deux du conseil général.	(...) Gisèle se convirtió en <u>alcaldesa del distrito</u> y número dos del consejo general.	En Francia, solo las ciudades de París, Lyon y Marsella están divididas en distritos y al frente de cada uno de ellos hay un alcalde. Hemos optado por «distrito» y no «barrio» porque esta división es conocida en la cultura meta por su asociación con la capital francesa.
p. 20	Ils avaient leur <u>bac pro</u> , faisaient du rap de Maison pour tous.	Tenían su <u>bachillerato profesional</u> y hacían rap de Casa para todos.	El <i>bac pro</i> es un tipo de bachillerato propio de Francia que consiste en una formación académica combinada con aprendizaje dentro del medio profesional. Esta realidad no existe en la cultura meta, en consecuencia, hemos optado por un calco para que el lector pueda entender el sentido del término.
p. 21	Ça, c'étaient les <u>permanents</u> , après y avait des <u>CDD</u> qui venaient d'autres quartiers (...)	Esos eran los <u>fijos</u> , después estaban los <u>temporales</u> que venían de otros barrios (...)	En este caso, el autor emplea una metáfora a través de dos tipos de contratos para referirse a las personas que frecuentaban una de las plazas de su barrio. Puesto que en España no existen los «contratos de duración determinada» ni los «contratos permanentes», hemos decidido traducir por aquellos con cierta similitud en la cultura meta para no perder el efecto de la metáfora.

p. 21	Une gentille vieille (...) qui votait <u>FN</u> .	Una vieja amable (...) que votaba al <u>Frente Nacional</u> .	Hemos traducido el significado de la sigla, puesto que por sí misma no es reconocida por el lector de la lengua meta. El «Frente Nacional» es un partido francés suficientemente conocido por el público de la cultura meta, así que no sería necesario precisar la ideología del mismo.
p. 29	Ils ont même monté une <u>ZAD</u> pour stopper le début des travaux.	Hasta han montado una <u>Zona A Defender</u> para parar el inicio de las obras	<i>ZAD</i> es un acrónimo cuyo significado es <i>Zone à Défendre</i> y es una forma de ocupación para proteger a un lugar de actuaciones dañinas del Gobierno. Puesto que no existe un equivalente en la cultura meta y se trata de una realidad específica de algunos países francófonos (Francia, Bélgica y Suiza), hemos traducido literalmente el significado del acrónimo.
P. 86	-Wesh, t'as juste « <u>li récépissé</u> » et tu tchatches.	-A ti te ha llegado « <u>el recibito de la nacionalida</u> » y ya te crees alguien.	El <i>récépissé</i> es un recibo que le llega al demandante de nacionalidad cuando se ha recogido toda la documentación, pero no es el final del proceso para obtener la nacionalidad. El personaje bromea con su amigo sobre ello y emplea, conscientemente, mal el artículo

			<i>le.</i> En la traducción, hemos añadido el sufijo -ito para transvasar a la cultura meta ese toque de humor.
p. 88	(...) ils ont quitté le quartier avec l'aigreur de ceux qui reçoivent du courrier de la <u>CAF.</u>	(...) se habían ido del barrio con la amargura de quién recibe el correo del <u>Caja de Subsidios Familiares.</u>	Este organismo es propio del Estado francés y para su traducción hemos consultado IATE y comprobado que el término cuenta con un equivalente normalizado.

4.2.4. Cultura lingüística

En este apartado, hemos recogido todas las expresiones, proverbios y frases hechas del texto original. En ocasiones, estas son pronunciadas por el propio narrador, si bien es cierto que Ichem destaca por ser uno de los personajes con más recursos de este tipo en sus diálogos.

p. 19	La politique, ici, <u>c'est comme les lasagnes, on recouvre de sauce bien épaisse.</u>	Aquí la política <u>es como las lasañas, la recubrimos de salsa muy espesa.</u>	El autor emplea una metáfora para equiparar a la política marsellesa con las lasañas. Hemos empleado la traducción literal porque permite mantener el efecto humorístico en el texto meta.
p. 19	Plus tard, quand <u>mon cul a trempé dans une adolescence de fond de casserole qui accroche,</u> le Panier était	Más tarde, cuando <u>mi culo estaba inmerso en el fondo de una cazuela adolescente que se pega,</u> el Panier se	En esta metáfora, el autor expone con humor su época de adolescente. Hemos mantenido los mismos términos que en el texto origen cambiando su orden para lograr una lectura más idiomática.

	devenu une histoire de places.	convirtió en una cuestión de plazas.	
p. 22	Il avait un accent chantant d'Oranais : « <u>T'as le vice ? Moi, j'ai le tournevis et la boîte à outils.</u> »	Tenía un acento pegadizo de Orán: « <u>¿Eres un pecador? Yo tengo un destornillador y una caja de herramientas.</u> ».	Esta frase hecha es pronunciada por el amigo del protagonista, Ichem. La expresión realiza una rima entre <i>vice</i> y <i>tournevis</i> . Para la traducción, en lugar de optar por traducir <i>t'as le vice?</i> , como «¿tienes vicio?», hemos decidido mantener la rima sin perder el sentido original y emplear los términos de «pecador» y «destornillador». Estos, al igual que en el original, riman en la terminación final.
p. 24	Il maîtrisait <u>l'art de se rendre désirable</u>	Dominaba <u>el arte de hacerse de rogar.</u>	En lugar de una traducción literal como hubiese sido «el arte de ser deseable», hemos optado por una expresión natural en la lengua meta cuyo significado es el mismo.
p. 25	Ichem m'avait appris un jour ce proverbe oranais. « <u>Fou celui qui prête, encore plus fou celui qui rend</u> ».	Un día, Ichem me enseñó el proverbio oranés: « <u>Loco aquel que presta, aún más loco el que devuelve.</u> ».	El autor hace referencia a uno de los famosos proverbios de Ichem. En la traducción, hemos decidido mantener exactamente la misma estructura sintáctica para no modificar el sentido original del dicho.
p. 26	Quand <u>t'étais sonné</u> , il pensait	Cuando <u>estabas tocado</u> , él solo pensaba en una cosa, <u>en hundirte.</u>	En este caso, hemos optado por acudir a una expresión propia de la cultura meta como «tocado y hundido» para simbolizar la

	qu'à une chose, <u>te finir.</u>		misma idea que el texto original y aportarle idiomaticidad a la traducción.
p. 88	- Ne me parle pas du quartier s'il te plaît. « <u>On graudit, on oublie.</u> »	- No me hables del barrio, por favor. « <u>Creemos y olvidamos</u> ».	Frase hecha de Ichem en un diálogo. En la traducción hemos optado por suprimir los sujetos para dotar de naturalidad al texto.
p. 88	Comme on dit : « <u>Quand Dieu ferme une porte, il en ouvre toujours une autre.</u> »	Como se dice: « <u>cuando Dios cierra una puerta, siempre abre otra</u> ».	De nuevo, esta expresión es pronunciada por Ichem y hemos traducido literalmente, pues existe en la cultura meta con el mismo significado que en la cultura origen.
p. 88	Je préfèrais perdre que de <u>goûter à cette vie de meuble télé.</u>	Prefería perder antes que <u>merendar esa vida de salón.</u>	En este caso, hemos decidido no emplear la traducción de «vida de mueble de televisión» por no ser natural en la lengua meta. En su lugar, lo hemos sustituido por «vida de salón» una expresión popular en la cultura meta cuyo significado es el mismo. Es decir, una vida tranquila sin sobresaltos.
p. 89	Je sais que dans sa tête il répétait « <u>Cinq dans tes yeux</u> ».	Sé que en su cabeza no para de repetir « <u>Cinco en tus ojos</u> ».	Esta expresión es el título del libro y es una traducción, en sí misma del árabe. Como se explica posteriormente en la frase, hace referencia a los cinco dedos de la mano de Fátima que sirven para protegerse del mal de ojo. Una traducción literal es, sin

			duda, la solución más acertada porque buscar una expresión con significado similar en la cultura meta implicaría perder las connotaciones culturales y religiosas que hemos explicado anteriormente.
--	--	--	--

5. Conclusión

Cinq dans tes yeux es una novela con una gran riqueza lexical y cultural que nos ha permitido adentrarnos en la curiosa ciudad de Marsella y en el lenguaje de los jóvenes que habitan en ella. Su carácter multicultural da lugar a una serie de relaciones sociales en las que los interlocutores buscan reforzar su identidad y diferenciarse de aquellos que no pertenecen a su comunidad a través del *argot* o del *Français Contemporain des Cités*.

En este contexto, la labor del traductor presenta un reto fundamental: lograr un texto natural para el lector español sin perder las connotaciones identitarias y culturales del texto original. Sin embargo, este objetivo se dificulta debido a que el uso del *argot* en España no es tan marcado como en Francia, pues las palabras o expresiones que emplean los jóvenes españoles no tienen la misma función críptica que en el caso de los jóvenes franceses provenientes de barrios marginales. En el caso de los culturemas, la labor es más sencilla debido a la gran cantidad de recursos lexicales que existen en nuestro idioma para poder expresar adecuadamente el texto en francés.

En el caso del *argot*, dividimos el análisis en préstamos lexicales del árabe, términos sobre la droga y el crimen y palabras malsonantes y vulgarismos. En el caso del primer aspecto, para los términos referentes a la religión, hemos decidido no traducirlos porque creímos conveniente que el lector apreciase hasta qué punto la cultura árabe está inmersa en las relaciones sociales de los jóvenes marseleses. Sin embargo, sí fue necesario añadir notas de página, pues el público español no está tan acostumbrado a escuchar estas expresiones. Para los otros préstamos del árabe, decidimos emplear palabras en castellano del lenguaje coloquial o informal. Asimismo, con la terminología referente a la droga y el crimen y las palabras malsonantes, la traducción es una labor sencilla, ya que existen numerosos términos en español para expresar esas mismas realidades.

Con todo ello, en algunas ocasiones las diferencias lingüísticas entre ambas lenguas han provocado que fuese imposible no neutralizar el carácter del texto original, como ya advertía Vitali (2012), que solía ocurrir al traducir la literatura en la que se empleaba este lenguaje argótico.

La desigualdad de oportunidades para acceder a un empleo y a una vivienda digna sigue afectando, a día de hoy, a las poblaciones inmigrantes de los barrios populares franceses convertidos, en muchas ocasiones, en guetos. Esto ha desarrollado, por un lado, un sentimiento de rechazo hacia la cultura y el sistema político del país de acogida y, por otro, un auge de los discursos racistas que defienden la imposibilidad de convivencia entre culturas acompañado de una creciente violencia en las calles. Traducir la literatura de *banlieue* en el contexto social que atraviesa Francia en los últimos años permite acercar a un mayor número de lectores realidades desconocidas y dar voz a aquellos que siempre han estado relegados a los márgenes de la Historia.

6. Referencias bibliográficas

- Asensio Pavón, H. (2023). Traducir la banlieue y su expresión literaria: el caso de Boumkœur (1999) de Rachid Djaïdani y su lenguaje codificado. *Entreculturas*, 13, 127-142. <https://doi.org/10.24310/entreculturasertci.vi13.14583>
- Aubert, S. (2020, 24 septiembre). «Cinq dans tes yeux», le haut du Panier. *Libération*. https://www.liberation.fr/livres/2020/09/24/cinq-dans-tes-yeux-le-haut-du-panier_1800201/
- Bassets, M. (2019, 21 enero). La literatura del malestar francés. *El País*. https://elpais.com/cultura/2019/01/20/actualidad/1548003831_337771.html
- Bels, H. (2020). *Cinq dans tes yeux*.
- Berty, R. (2012). Le questionnement du modèle culturel français. *Colloque de l'Asociación de Profesores de Francés de la Universidad Española*.
- Casas, A. (2012). El simulacro del yo: la autoficción en la narrativa actual. *La autoficción: reflexiones teóricas* (pp. 9-42). Arco Libros.
- Cello, S. (2011). Au-delà du roman beur: la littérature de banlieue. *Quaderni di Palazzo serra*, 21, 189-211.
- Díaz Alarcón, S. (2021). Sociolecto literario y discurso heterolingüe en la obra de Faïza Guène: la traducción en espacio multicultural. *Lebende Sprachen*, 66(2), 278-298. <https://doi.org/10.1515/les-2021-0018>
- El-Kolli, R. (2013). Le français contemporain des cités ou le miroir social d'une banlieue. *Synergies Algérie*, 20, 125-133.
- Eribon, D. (2009). *Regreso a Reims*.
- Géa, J. (2017). Le Panier, un quartier marseillais en voie de gentrification: reconfigurations sociales et résistances langagières. *Langage et société*, 162(4), 21-45. <https://doi.org/10.3917/ls.162.0021>
- Goudailler, J. (2002). De l'argot traditionnel au français contemporain des cités. *La Linguistique*, 38(1), 5-24. <https://doi.org/10.3917/ling.381.0005>
- Horvath, C. (2015). L'authenticité des «voix de la banlieue» entre témoignage et fiction. *Regards croisés sur la banlieue*, 183-198.
- Le Breton, M. (2013). De la littérature beur à la littérature de banlieue: un changement de paradigme. *Présence Francophone: Revue internationale de langue et de littérature*, 80(1).
- Lejeune, P. (1991). El pacto autobiográfico. *Suplementos Anthropos*, 29(9), 47-61.

- Molina Martínez, L. (2001). *Análisis descriptivo de la traducción de los culturemas árabe-español*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Sánchez Zapatero, J. (2013). ¿Hay vida más allá de la autobiografía? Sobre la posibilidad del testimonio en la ficción. *Tonos Digital*, 25.
- Tewfik Hakem. (2020, 7 septiembre). Le Réveil Culturel [Programa de radio]. France Culture.
- Vitali, I. (2012). Une traduction « puissance trois » : Rachid Djaïdani et la langue des cités. *Traduire*, 226, 108-119. <https://doi.org/10.4000/traduire.165>

ANEXOS

Texto original

Ma mère s'est installée au Panier en 1982, dans la partie comorienne du quartier. Avec son maigre héritage, Fred avait acheté « pour rien du tout » un grand appartement avec vue sur le Vieux-Port. Quand elle a débarqué, ses voisins faisaient la vaisselle sur le trottoir et les toxicos se piquaient dans les couloirs sans électricité de notre rue. Au Panier, personne ne voulait y foutre un pied. La bibliothèque du quartier était restée fermée pendant six mois. Ma mère avait réussi à négocier, avec le ministère de la Culture et un élu local sujet à l'eczéma, de la transformer en « Centre de la Prose ». Une structure culturelle qui proposait des ateliers d'écriture, d'alphabétisation et un laboratoire d'expérimentation poétique. Fred avait passé cinq ans à enseigner aux Beaux-Arts d'Alger. Là-bas, elle avait senti la situation pourrir de l'intérieur. D'abord par des détails. Des étudiants qui ne venaient plus à son cours, soudain réfractaires à certaines pratiques. Dans la rue, des regards insistants, des insultes, en arabe, de loin. Ses voisins de palier qui ne lui ouvraient plus leur porte. Les Barbus n'étaient plus seulement dans les campagnes.

En novembre 1981, la première lettre de menace est arrivée sur le bureau de la direction. Les couloirs de la fac sont devenus glacés. Deux mois avant son départ, le conseil d'administration avait décidé de planquer les nus au sous-sol, et une nuit, des types s'étaient introduits dans l'école et avaient cassé, au burin, toutes les couilles et les seins des sculptures exposées dans la fac. « Les salauds », elle avait dit en découvrant, au petit matin, ces corps mutilés. Ça lui avait mis un coup. Elle s'était décidée à partir, par la mer, pour Marseille. « OK pour revenir, mais pas en France. » Sur le pont du ferry, en voyant Alger s'éloigner, elle avait senti l'étranglement du sanglot : « Je te laisse, ma belle... désolée. » Elle avait débarqué au Panier avec moi sous le bras, son cou d'aristocrate et sa peur de rien.

Ma mère m'a mis à l'école publique des Moulins. « J'allais quand même pas le foutre chez les bonnes sœurs ! » De son éducation, elle avait gardé qu'un enfant ça s'adapte, ça suit et ça fait pas chier. Sur la photo de classe, au milieu des Comoriens, des Arabes et des Portugais, avec ma figure rose, j'étais facile à repérer. En sortant de l'école je courais à fond pour acheter de la Biberine et des meringues chez Mme Calzolarie, qui plus tard est entrée en taule pour trafic de cocaïne. Et le soir, j'allais chercher la pizza au camion Les 2 frangins, en bas de la montée du Saint-Esprit. Aldo pétrissait sa pâte pendant que le vieux Carboni nous chantait son opérette de fils d'immigré napolitain déçu de Mitterrand et qui n'avait pas honte de dire : « En 80 j'ai voté pour lui. Maintenant, je vote Le Pen. » Quelques années plus tard, sa femme, Gisèle, est devenue maire d'arrondissement et numéro deux du conseil général. Le vieux

Carboni a retrouvé le sourire et la rose du Parti socialiste. La politique, ici, c'est comme les lasagnes, on recouvre de sauce bien épaisse.

Plus tard, quand mon cul a trempé dans une adolescence de fond de casserole qui accroche, le Panier était devenu une histoire de places. Six territoires, six vieilles places marseillaises, qui se parlaient plus. J'avais appris à les connaître et à m'en méfier. J'étais devenu presque un homme.

J'ai jamais aimé la place de Lenche, maquillée comme une fille qui se trémousse devant un mafieux dans un bar à entraîneuses de l'opéra. Les mafieux, ils dansent pas, ne boivent pas, fument rarement, et quand ils sortent en boîte de nuit, ils gardent toujours un œil sur la porte d'entrée. Ils savent pas s'amuser. La place de Lenche, c'est une descente qui a envie de te dire : « Eh, casse-toi de là ! » Mais elle peut pas. Parce qu'elle a quelque chose à te vendre. Ses restaurants y servent des salades avec des tomates coupées en quatre et des pizzas mal cuites. Le tout devant quatre ou cinq voyous avec du ventre et des cernes, qui parlent entre eux comme s'ils préparaient le casse du siècle. En bas de la place, y a toujours quelques Venants qui tirent sur leur tabac à rouler et sirotent leur mauresque. Ils « prennent l'apéro au Panier ». Prendre l'apéro en bas de la place de Lenche, c'est comme aller à la piscine et rester accroché aux bords. Y t'arrivera pas grand-chose.

En remontant par-derrière, tu arrivais sur la place des Treize-Coins, avec son bar et ses crapules qui marchaient sur la pointe des pieds. Ces mecs-là pilotaient leur deux-roues avec une seule fesse, ne mouraient

jamais et rigolaient fort, pour montrer combien ils étaient cons. Mais en vrai, c'était une feinte. Parce que pour survivre, ils connaissaient leurs gammes : arrache de sacs, vol de scooters, cambriolage de voisins, deal de faux shit et revente de places sur le marché noir du stade Vélodrome.

À la frontière Nord, la place François-Masson, froide et poreuse. Occupée par des petits gentils qui se mélangeaient avec d'autres jeunes de la Joliette ou des Carmes, les quartiers voisins. Ils se ressemblaient tous. Ils avaient leur bac pro, faisaient du rap de Maison pour tous. Des élèves moyens, qui forçaient un peu leur style. Ils ont fini à la Ville ou au conseil général, ont fait deux-trois gamins et sont partis vivre plus loin, vers Désirée-Clary, ou encore plus loin, dans des quartiers neufs avec parking et portails électriques.

Sur la place des Lorettes, dans le ventre du quartier, planaient les guerriers de la bière : Youssef, le gros Nabil, Riad dit l'Ancien ou le Noir. Une équipe de blessés de guerre qui s'échangeaient les seringues, avaient des ordonnances plein les poches et cassaient des dents pour se faire 30 francs. Une génération sacrifiée qui parlait le patois du toxico marseillais. Ils sont tous morts.

Les plus gros poissons du quartier nageaient sur la place du Refuge. Un aquarium plein de prédateurs à l'œil pas frais. Le Reuf, c'était la fierté du Panier. C'est ici que les plus grosses bagarres avaient lieu et on entendait des bruits d'os à chaque coup de poing. Ici que tu achetais ton shit plein de paraffine, ou un morceau de carton. Et t'étais bien payé de t'en tirer comme ça. La place du Refuge, elle avait pas d'humour et une

vision de l'entrepreneuriat à très court terme. Elle était tenue par Foued le Grand. Lui, il rigolait encore moins que les autres. Un jour, il a frappé trois mecs de Félix-Pyat avec le même pied et on racontait qu'il crachait des boules de feu avec son cul. Il traînait toujours avec Pichon, qui avait une bouche de poisson-pilote. Pichon, y te fauchait les pieds avec ses bras et te fossilisait la gueule dans le bitume à coups de coude. Sur la place traînaient aussi Tcha-Tcha de la FF, Mansouri, le premier voyou comorien, Meumeu, le mec qui te frappait comme dans *Matrix*, Bébé Croûte et ses balayettes-écrasement de tête, et Fad, qui avait une tête à jouer sa famille au Bingo. Ça, c'étaient les permanents, après y avait des CDD qui venaient d'autres quartiers du centre-ville : des Carnes, de Belsunce ou de Noailles. C'est toujours les autres qui venaient traîner au Panier et pas l'inverse. À Marseille, chaque quartier avait ses figures, ses frappeurs, ses marques de tee-shirt, ses joueurs de ballon, ses rappeurs, mais dans les années 90, cherche pas à comprendre, y avait le Panier et y avait les autres. Et celui qui te dit l'inverse, c'est un mytho ou un jaloux.

Enfin, tout ça c'est de la nostalgie, et la nostalgie ça emmerde tout le monde, sauf celui qui raconte, ça lui file un coup de jeune.

Ma bande, c'était la collection soldée du Panier. On traînait sur le point le plus haut du Panier, la place des Moulins. Une gentille vieille, avec un joli visage sans rides et des rondeurs de partout, qui votait FN. Elle nous balançait aux flics si on jouait un peu trop tard au football. Avec Kassim, Ange, Nordine, Ichem et Djamel, on passait H24 le cul assis sur ses bancs

en bois tailladé au couteau « Malika la Suceuse » et « Bonzaï la Balance ». On tuait notre temps à fumer du shit coupé à la paraffine et à taper dans des ballons de foot dégonflés. À l'époque, je te parle de quand j'allais encore à l'école maternelle des Moulins et que j'avais des joues roses bien remplies, au milieu de la place trônait une grande fontaine. Mais à Marseille rien ne marche très longtemps. Des lustres qu'y a plus d'eau qui sort de la fontaine des Moulins.

Ichem était le plus petit de la bande. Et le plus vicieux. Il avait un accent chantant d'Oranais : « T'as le vice ? Moi, j'ai le tournevis et la boîte à outils. » Il aimait bien les phrases toutes faites. La première fois que je l'ai vu, c'était un an après son arrivée du bled. Une nuit chaude de mai 1996, dans les rues humides et dégueulasses du Panier. Je nageais dans un sweat Polo Ralph Lauren blanc. Une imitation ramenée d'un voyage en Angleterre. Que je quittais plus. Avec ma tête rasée et mon teint blême, je ressemblais à une luciole malade, de la porcelaine aux yeux rouges et aux traits fins. Ichem a jailli de la rue des Mauvestis. Il s'est approché et m'a dit :

— Tu me payes et je deviens ton garde du corps.

Il avait regardé trop de films d'arts martiaux avec Jean-Claude Van Damme.

— Non merci, ça ira ! je lui ai répondu, puis : Par contre, tu sais rouler ?

On s'est posés sur un banc de la place des Moulins. Ichem a fait un deux-feuilles collage à gauche, avec ses doigts crasseux pleins d'ongles, presque infumable. Ses cheveux lui tombaient jusqu'aux fesses. Il affichait un style de série B indienne des années 80, qu'on pouvait

voir au bled avec une bonne parabole : chapeau de cow-boy et gilet en cuir porté à même la peau. Il était presque nain, avec une peau mate recouverte d'un duvet de petit moineau. Les grands de la place du Refuge l'appelaient Moogli ou Indiana Jones. Plus tard, ça n'a pas traîné, Ichem s'est couvert d'habits de marque bien visibles, il a sacrifié ses cheveux d'apache et s'est fait une coupe chez « Kader comme d'hab », à Noailles. Il s'est intégré. Mais un clando reste un clando. T'es marqué au fer rouge.

J'avais ramené de l'herbe d'un voyage en Allemagne. Ma mère m'avait envoyé deux mois à Berlin-Est, en séjour linguistique. J'en étais revenu sans aucune notion d'allemand, mais avec quatre grammes de skunk, bien grasse. Au troisième joint, je lui ai dit :

— En fait, tu sais pas rouler !

On est devenus potes comme les gouttes de lait dans le café.

Ichem habitait rue Baussenque, entre la place du Refuge et la rue de l'Évêché. La fin du Panier. Ensuite, c'était le commissariat central, avec ses sous-sols où on te frappait encore à coups de bottin téléphonique pour pas laisser de traces. Et après, la mer. La rue était sur le versant sombre, au froid, et quand les fenêtres étaient ouvertes, on pouvait filer des gifles à son voisin d'en face. Ichem vivait au premier étage, vingt mètres carrés, côté nord, avec sa sœur Rabia et son neveu Wawa, qu'on nourrissait aux haricots et à l'écran plasma. Le beau-frère de Ichem, Cheb Youss, était une star du raï au bled. Quand Ichem parlait de son beau-frère, il gagnait quelques centimètres.

Cheb Youss était un Arabe blond à casquette, avec lunettes à verres jaunes et bouc roux. Un produit d'importation chinoise qui pianotait sur son synthé et passait sa voix au vocodeur dans les soirées algéroises, les cabarets raï de la Côte d'Azur et les grandes raï-nights parisiennes : le grand monde version carte de séjour des années 90. Cheb Youss était partout en photo dans le salon. Sur le meuble télé, ses K7 de raï se mariaient avec un tableau noir aux calligraphies dorées, « Allah est le seul Dieu et Mohammed est son Prophète » et toute la collection de VHS de Bruce Willis. Un jour Ichem m'a dit :

— Bruce Willis, s'il me demande, je couche avec lui.

Chez lui, le général, c'était sa sœur Rabia. Une grande fille avec des yeux de loup bien noirs et une carrure à faire des clefs de bras. Elle avait fait venir son frère d'Algérie et l'avait transformé en femme de ménage. Ichem dormait dans une petite chambre avec son neveu Wawa. Il se levait toujours très tôt, préparait le café, fumait sa clope, passait la serpillière et sortait tuer son temps de clando qui un jour aurait ses papiers, et « Ils verront tous ces enculés, sur ma mère, que je calculerai plus dégun ici. Y a que des fils de pute qui te jettent les yeux, dans ce quartier pourri ».

L'été, y nous arrivait d'aller à la plage. Quitter le quartier, c'était une expédition. Limite s'il fallait pas faire des demandes de visa et prendre notre carnet de vaccination.

Ichem était toujours en retard. Il maîtrisait l'art de se rendre désirable.

Pendant qu'on l'attendait sur la place des Moulins, il prenait le temps de se foutre nu face au miroir de sa salle de bains. Et de branler lentement sa grosse bite de petit homme en pensant au film porno où une Noire hermaphrodite se fait enculer au bord d'une piscine. Une cassette que je lui avais prêtée, jamais rendue. Ichem m'avait appris un jour ce proverbe oranais : « Fou celui qui prête, encore plus fou celui qui rend. » Ce jour-là il n'a pas éjaculé, il a enfilé son maillot, recouvert son odeur de Fahrenheit de Christian Dior et s'est enroulé un bandana rouge autour du cou. C'était la mode.

Il est passé par la place du Refuge. « Salam ! » de loin à Cabinet, le dealer du coin. Un jour j'ai demandé à Djamel comment Cabinet avait hérité de ce surnom.

— Parce qu'il a une tête qu'on dirait qu'il est toujours en train de chier, il m'avait répondu.

Ichem a remonté la rue des Muettes à coups de petites accélérations, bondi de trottoir en trottoir, feinté le soleil. Il avait une pile dans chaque jambe et quand il cavalait, on lui voyait les oreilles partir en arrière. Il gagnait toutes les courses de vitesse du quartier.

Il s'est arrêté pour ramasser un bout de pain, l'a embrassé et reposé sur un endroit accessible en disant « Bismillah ». Je trouvais cette manie un peu ridicule, mais aujourd'hui, chaque fois que je vois un bout de pain par terre, je te jure que j'ai envie de le ramasser. Les croyances, c'est un truc qui te rentre dans le crâne comme un clou dans un placo.

Quand il nous a rejoints sur la place des Moulins, Djamel soufflait sur un joint, Nordine faisait une série de tractions sur un lampadaire, Ange se rongeaient les ongles et moi, Stress, je stressais.

— Putain, Ichem, tu casses les couilles !

— C'est bon, t'as fini de te séguer ? a dit Ange en se prenant les couilles.

— Arrête-toi, Ange, a répondu Ichem, un peu gêné.

Mais Ange, il aimait le sang. Quand t'étais sonné, il pensait qu'à une chose, te finir.

— Oh, c'est quoi ce bandana, Ichem ? On dirait le fils à George Michael et Mimi Mathy !

Rires, dents apparentes et têtes qui partent en arrière. Ichem s'est touché le bandana. Sa confiance en lui a fondu comme un glaçon au soleil.

— On va où ?

J'avais toujours besoin de savoir où on irait et ce qu'on allait y faire. Les retards des potes, les plans foireux et les « Inch'Allah demain », pour dire que rien n'arriverait demain ou que de toute façon, c'est Dieu qui déciderait, j'arrivais pas à m'y faire.

— Ça va, arrête de t'affoler, Stress, on attend Kassim.

Quand il me parlait, Ange perdait son sens de l'humour. On était les deux culs blancs de la bande. Je sentais parfois chez lui le désir d'en finir avec moi. Ange était corse, fils d'un père mafieux de la grande époque toulonnaise. Quand son père, Dédé Vezzani, est mort, Ange a atterri à Marseille, chez sa mère. Il était pas chez lui, ici, fragilisé comme un chien errant. Mais il avait hérité de cette capacité à sentir quand on peut prendre le dessus sur l'autre. Ange reniflait chez moi ces manières de petit-bourgeois que je dissimulais sous un accent un peu forcé, une démarche travaillée, une tête rasée de près et une accumulation de fringues de marque. Je portais la panoplie complète de la petite frappe marseillaise.

Mais mon regard était celui d'un agneau. Et le regard, dans la rue, c'est ta carte d'identité.

— Quoi ? On attend Kassim ? Eh, c'est bon ! Sur ma mère ! Il est trois heures ! C'est la dernière fois que je vais à la plage avec vous !

J'ai toujours été le spécialiste des annonces qu'on ne tient pas. Une manière de faire sortir mes angoisses, ou de les partager. Mon surnom, Stress, je l'avais pas volé.

Je transpire, racle ma gorge et me lèche le bras. J'ai un goût de Chipster. Encore une soirée qui a servi à rien. Heureusement j'y ai croisé Johanna. Je me lève avec l'envie de mourir et de pisser.

Dans ma salle de bains, un rideau de douche dégueulasse et des cadavres de rouleaux de PQ. Je pisse jaune opaque. Dans ma cuisine, deux plaques électriques sur un frigo, un gel décapant, un débouche-évier et un paquet de Maïzena, périmé. Dans mon frigo, un yaourt grec et trois tomates moisies. Je bois au robinet. De l'eau calcaire chaude, goût tuyauterie. Devant la porte d'entrée, deux poubelles qui attendent d'être sorties, un vieux sac McDo et une bouteille de rouge médaillée « Club des Sommeliers », à moitié pleine. Je vis comme si j'allais tout quitter d'un jour à l'autre. Quand j'étais encore chez ma mère, elle entrait parfois dans ma chambre et disait :

— C'est pas possible, Stress ! On dirait qu'y a un SDF qui crèche ici.

Sur Facebook, Bowie est mort. Des hommages qui se touchent le nombril. « Je l'ai vu à Toulouse en 87 »,

« Je l'écoutais vous étiez pas nés », « J'ai acheté ce 45 tours quand j'avais 11 ans ». Les soldes du deuil. Deux semaines que mes contacts Facebook sont « en lutte contre la gentrification du quartier de la Plaine ». Ils s'excitent sur la réhabilitation par la mairie de la place Jean-Jaurès. Ils ont même monté une ZAD pour stopper le début des travaux. Le Venant est fort pour écrire sa propre histoire. Pour nous, au Panier, la Plaine a toujours été une marmite d'accents pointus, d'étudiants avec de l'argent de poche, de rastas de contre-façon, de punks à chiens, de Parisiens en week-end et de crapules débarquant de toute la ville pour faire les poches de ces chevelus qui sortent des bars de nuit en puant la clope et le rhum arrangé.

J'ouvre le profil Facebook de Clara. Elle a fini par me supprimer de sa liste d'amis. Je me sens comme un ex qui rôde la nuit en bas de l'immeuble de sa copine pour regarder les silhouettes passer devant les fenêtres. Elle est en tournée en Suisse, dans des centres d'art où on chuchote. Elle a réussi à se faire une place dans le petit milieu de la musique expérimentale avec une performance guitare électrique et poésie contemporaine. Elle pose sa guitare sur ses genoux et scande ses textes répétitifs en dressant ses bras pleins de tatouages géométriques vers le ciel. Ça plaît beaucoup.

Son côté lunaire qui remercie les gens à la fin des concerts en prenant l'air paumé, j'y crois pas une seconde. Quand elle était ado, alors qu'elle a jamais aimé lire, Clara demandait pour son anniversaire des exemplaires de la Pléiade. Tout est calculé chez elle. Aujourd'hui, sur Facebook, elle ne publie qu'en anglais et poste ses passages sur France Culture, les articles qui

parlent d'elle dans *Le Monde*, *Télérama* et la presse spécialisée. Clara se déplace uniquement en première classe SNCF et mange sans gluten. Elle est toujours aussi belle, avec ses cheveux bouclés et ses yeux noirs de révolutionnaire espagnole. Ma mère l'adorait.

Son nouveau mec est italien. Je l'ai croisé à la galerie des Bains-Douches dans une soirée où j'étais trop en forme pour m'intéresser à qui que ce soit. Un critique d'art, un peu réalisateur, un peu musicien : une pute brillante, la pire des races, qui te regarde comme si t'étais un vendeur de sardines. Il lit *Art press* à la plage et « adore Marseille » pour son côté « hyper populaire ».

Fermer la porte à triple tour, descendre la Canebière, passer devant les derniers snacks encore en vie et rejoindre le cours Belsunce. Avec Clara, le dimanche, on allait manger des fruits de mer pas loin, chez Toinou. On se prenait une bouteille de blanc et on laissait glisser notre week-end en parlant de Tarkovski et Stockhausen comme un vieux couple bourgeois.

La Canebière ressemble un peu à ma vie. Elle commence propre sur elle, avec la chambre de commerce et son manège imitation d'époque. À partir de la rue de Rome, elle fronce les sourcils : des robes de mariée premier prix, des bazars « Tout à 2 euros », un snack chicken halal pakistanais, un commissariat aux vitres sales et un McDonald's aux poubelles dégueulant d'emballages. Et sur la fin, plus rien, ou presque : deux offices pour envoyer de l'argent au bled, un marchand d'objets asiatiques, un tabac et un ancien cinéma, muré depuis des années. La Canebière finit seule, errante,

devant le parvis de l'église des Réformés, sans vraiment savoir quand elle a perdu le fil.

J'arrive sur le cours Belsunce, figé dans le temps comme un boulevard colonial. Quand j'étais petit, ma mère m'achetait ici des baskets troisième choix d'usine. « Maman, j'ai des chaussures qui courent plus vite, t'as vu ? » Mon enfance pouvait ressembler à un film du dimanche soir avec Omar Sharif.

Trois appels en absence de Sofiane et un message : « Réponds-moi, Stress. » Mauvais signe. J'ai froid. La sensation d'avoir des problèmes de circulation sanguine. Je tourne des pages Web sur mon iPhone. « Redescende de MDMA. Vous n'avez plus de sérotonine. Buvez beaucoup d'eau et mangez des agrumes. Voyez des amis. Marchez au grand air et mangez sain. » J'ai plutôt envie d'un sandwich brochette de foie et cœur.

Chez Amar, c'est un petit snack au feu de bois juste à côté de la mosquée de la rue des Récolettes. Amar enchaîne les sandwiches avec son œil qui dit merde à l'autre. Il a la constance de celui qui fait rentrer la caille. D'année en année, ses joues sont plus remplies et ses cheveux plus bouclés. Les affaires vont bien. Devant moi, deux jeunes en djellaba blanche, pantalon couche-culotte et paire de Birkenstock. Ils ont un fort accent marseillais, des marques de frottement sur le front et une barbe poussive. Leurs épaules tressautent à chacune de leurs blagues.

— Oh Amar, me mets pas la mayonnaise du bled, je te connais !

Amar est plutôt timide.

— Non, t'inquiète. Ti veux Couca-Coula ou la Couca-Ziro avec ?

Rires de tous, même des ouvriers qui attendent derrière moi, avec leurs mains pleines de plâtre.

— Wallah, c'est un fou ce Amar ! Merci la famille !

Je commande un foie-cœur-mayonnaise-harissa, « avec pas trop d'harissa s'il te plaît », et un Coca.

Quand on descendait sur la rue de la République, avec Nordine et Ichem, pour se prendre un sandwich chez Toutankhamon, comme sauce ils demandaient « mayo-harissa », et moi « mayo-ketchup ». Dans leur regard, c'était comme si j'étais pas vraiment un homme. Avec le temps, j'avais fini par me forcer à prendre comme eux. Et j'étais assez fier d'arriver devant le mec et dire : « Mets-moi harissa-mayo, frère ! »

À mon époque, le signe d'appartenance, c'était le choix de la sauce. Peut-être que si j'étais adolescent aujourd'hui, je porterais une petite barbe et la djellaba du vendredi midi.

La gestuelle d'Amar est précise. Découper le cœur, piquer le foie, éventer les braises. Il encaisse, rend la monnaie, découpe le pain, met les sauces. C'est émouvant tant de virtuosité.

Je pars manger sur le Vieux-Port, comme un chien. La chaleur me fouette le visage à coups de vent d'est. Devant moi, quelques touristes l'air déçu font la queue pour une excursion aux îles du Frioul. Là-bas, ils trouveront une terre sèche, de vieux bâtiments de guerre, des mouettes et des sandwiches club. Sous la grande ombrière, de jeunes couples, la tête penchée, se prennent en selfie dans le reflet de son toit-miroir. De la niaiserie

touristique. À classer avec les cadenas des ponts de la Seine et les piécettes de la fontaine de Trévisé à Rome. Au milieu de ce désolant décor du dimanche passent à toute vitesse sur des roulettes électriques des jeunes boudinés dans des survêtements jaune fluo, s'affichant Qatar Airways ou Beko Électroménager.

Aucun Venant. Ils sont sûrement en train de déguster un verre de rosé face à la mer. De s'ouvrir des oursins sur un bateau. Ou peut-être de bouquiner au bord d'une piscine à la campagne, chez des amis. C'est Nordine qui disait :

— Ils connaissent les bonnes choses, les Venants. Ils savent vivre. Pas comme nous.

Nordine était le plus philosophe d'entre nous.

Mon téléphone vibre. Toujours Sofiane.

— Stress, je suis avec un client là... T'es libre pour un mariage le 8 août ?

— De l'année prochaine ?

— Non, de cette année !

Depuis cinq ans, avec Sofiane, je fais des mariages orientaux dans les quartiers Nord. Je filme des faux cils qui se ferment au ralenti, des flacons de parfum La Vie est Belle et des Rolex au poignet. Tous les week-ends je me retrouve dans le coffre d'une voiture pour suivre des cortèges. Je cours en transpirant dans les couloirs des mairies de quartier. Je drone au-dessus des plages de Cassis et je prends toujours le même plan : un jeune couple qui se fait un bisou halal sur le front, avec le soleil en contre-jour. Tous mes samedis soir, de juin à septembre, je les passe dans des salles climatisées de zones commerciales à attendre que la pièce montée arrive, devant des baffles qui crachent

de la musique arabe à t'en décoller le tympan. Chaque année je me dis, « j'arrête les mariages ». Et chaque année j'y retourne. Je dois aimer ça.

— Tu peux leur faire un prix ?

— C'est-à-dire ? Mille ça irait ?

Sofiane marque toujours un temps d'arrêt quand ça parle argent.

— Tu peux baisser de 100 euros ?

— Allez vas-y ! C'est bon.

Avec Sofiane je finis toujours par perdre.

— Le 8 août, Stress ! Je compte sur toi !

Au loin, le ferry-boat fait sa laborieuse traversée d'une rive à l'autre du Vieux-Port. Devant la bouche de métro, un spectacle hip-hop. Des jeunes torse nu tournent sur leur tête et font ces figures que j'ai déjà vues des milliers de fois. Au quartier, on les matait de nos yeux vitreux ces mecs et ces filles qui allaient faire de la danse hip-hop trois fois par semaine au centre social Baussenque avec Idriss, du groupe Phocéa Force. Il en a sauvé des jeunes, Idriss, qui vend aujourd'hui des pizzas pâte épaisse dans son camion boulevard Chave. J'enviais leur démarche libre et leurs rapports simples avec les filles. Ils étaient beaux et nous, on avait les traits crispés, le ventre vide et des dos de vautours.

Une nuée de mouettes plane au-dessus de l'eau huileuse. Elles guettent les tripailles et les invendus du marché aux poissons. Les jeunes danseurs sautent dans tous les sens, tapent dans leurs mains et haranguent la foule. Ils ont toujours ces mêmes gueules émouvantes de bons jeunes qui ont trouvé une issue. J'ai envie de

pleurer. Ça nettoie les yeux. Une jeune fille fraîche
comme un abricot s'arrête :

— Ça va, monsieur ?

Elle a une voix d'infirmière.

Putain — « Monsieur » — quand même — faut vraiment
que j'arrête la MD.

Un dimanche matin par mois, Nordine et moi, on allait au marché aux puces vendre toutes sortes de ténénik récupérés à droite à gauche. Le marché aux puces est depuis toujours coincé entre la mer et les deux autoroutes qui pénètrent Marseille par les deux bouts et lui font sacrément mal. En plus d'un amas informe et coloré de fringues, bibelots et jouets d'un autre temps qu'on se traînait chaque fois, il y avait toujours une ou deux pièces sur lesquelles on projetait un espoir d'enrichissement immédiat. Ce jour-là, pour moi, c'étaient un ampli et une guitare électrique volés dans une soirée de punks. J'ai toujours été un bon voleur. Du sang-froid et un visage à tenir un cierge à l'église des Accoules le dimanche matin. Mais quand il avait fallu se les trimballer jusqu'aux puces, Nordine avait souffert.

— Jamais tu vas vendre ça, Stress, tu rends fou, wallah.

— Vas-y, avance, bourricot, j'ai répondu avec l'accent pied-noir.

Nordine, il avait toujours un avis sur tout. Cette fois-là, sa carte gagnante à lui, c'était un décodeur noir à prise PÉritel, soi-disant pour recevoir toutes les chaînes gratuitement. Il avait même la télécommande.

Quand il a débarqué d'Alger, Nordine a tenu le magasin de son père au marché du Soleil, un souk juste en dessous de la gare, vers la porte d'Aix, cet Arc de triomphe version sous-développée. Vendre des costards gris à épaulettes aux chibanis, les vieux immigrés qui avaient perdu leur ticket retour pour le bled, il savait faire. Mais son idée, c'était de transformer le magasin familial en friperie. Des demandes spéciales de Venants lui avaient mis la puce à l'oreille : des chemises années 70, des casquettes Borsalino, des vieilles montures de lunettes, des blousons en cuir cintrés. Il s'était fait une petite clientèle souriante au look d'artiste avec qui il fumait la clope, et qui cassait pas les couilles sur les prix. Nordine avait une âme ouverte sur le monde. L'arrivée de ces premiers Venants, dans les années 90, c'était pour lui plein de promesses. Mais son vieux avait la peau des oreilles épaisse, il voulait pas entendre. Pour lui, c'était costards de blédard et chaussures noires, rien d'autre. Quand le marché du Soleil est parti en fumée dans un incendie, son père en a profité pour récupérer l'indemnité et construire une maison de deux étages avec une petite alimentation en rez-de-chaussée, à un kilomètre de l'aéroport d'Alger, à Kouba, là où personne n'irait jamais, sauf pour mourir.

Les puces, ça se méritait. Fallait se lever tôt et prendre le bus de nuit pour avoir la meilleure place : un morceau de goudron de huit mètres carrés derrière les

hangars, côté mer. Une fois que tu avais posé tous tes espoirs à terre, les premiers acheteurs arrivaient entre quatre heures et six heures avec leur lampe de poche collée au front. Ils plongeaient dans tes sacs alors que t'avais pas encore eu le temps de bâiller. C'étaient des rats ces mecs-là. Y z'avaient pas de vie. Et ils sortaient de tes sacs des choses que tu ne pensais même pas avoir. « Combien ? – Prends 4 francs. – 1 franc. – Allez 2 francs. – 1 franc. – Donne 1,50 franc. » Ils payaient, enfournaient dans leur cabas à roulettes et disparaissaient dans l'aube comme des mange-morts. Nos sacs se vidaient, les poches se remplissaient de ferraille liberté-égalité-fraternité et le soleil se levait.

Ce dimanche-là, à notre droite, y avait la France : le père avait un tee-shirt de Johnny Hallyday, la mère des bras flasques et une coloration qui virait à l'orange. Leur fille ressemblait déjà à ses parents. Ils étaient équipés : des chaises pliantes, une table, un thermos. Ils vendaient aspirateur, fer à cheveux, revues sur la chasse, 45 tours de Bernard Lavilliers, renard empaillé, chasuble de la CGT, souvenir de la Costa Brava, verre à whisky... Le père se servait café sur café en tirant sur un cigarillo, la mère vendait péniblement et la fille était plongée dans la lecture d'un *OK Podium* de l'année dernière.

— T'as ramené ta famille, Stress ? s'est moqué Nordine à voix basse.

— T'as bon avec la fille, Nordine ! Vas-y ! Pour les papiers !

À notre gauche, deux jeunes de quartier bondissaient sur leurs jambes toutes maigres et gueulaient comme

des muftis sous cocaïne : « 1 franc les deux paires !
2 francs les cinq paires ! C'est cadeau ! »

Nordine était envieux :

— Regarde, Stress, ça marche les chaussettes !

— Ça t'irait bien ça, Nordine. Vendeur de chaussettes ! En voilà une perspective d'avenir pour toi !

En face, un stand tenu par deux barbus. Ils s'étaient sur trois places. Des huiles, des tapis de prière, des livres et des VHS en langue arabe.

— Nordine, tu vas pas t'acheter un tapis de prière avec boussole intégrée ?

— Va parler avec les Témoins de Jéhovah qui sont là-bas... Espèce de mécréant !

Sido, un gros balaise responsable de la vente des places sur le marché, s'est approché de nous avec sa démarche de « Je suis très content de moi ».

— Repasse, on te paye après, lui a dit Nordine à sec à froid.

— Y marche le décodeur ? a répondu Sido.

— Sinon je le vendrais pas !

— Combien ?

— 400 francs.

— 100 francs.

— Laisse tomber, je le vendrai de toute façon.

— 150.

— Laisse tomber je te dis.

— Paye ta place alors, a dit le gros Sido.

— Ça va, je te paye après je te dis !

— Payez ou dégagez maintenant !

— Qu'est-ce qui t'arrive, Sido ?

— Y a pas de Sido !

— Qu'est-ce qui t'arrive espèce de gros lard ???

Je suis intervenu. Nordine, c'était une bouilloire.

— 250 et on paye pas la place, c'est bon ?

— C'est qui ce Français ? Sido a demandé à Nordine.

— C'est bon ou pas ? j'ai insisté.

— Tiens, 150 et je te donne le reste quand je l'aurai testé.

— Donne 200 et tu donnes 50 après, ça va ?

Temps mort. Puis Sido a sorti un billet avec Montesquieu le-beau-gosse dessus et a dit :

— C'est bien parce que je pars au bled demain, je reviens.

— Prends ton temps, j'ai répondu.

— Tu tchaches trop pour un Français, toi.

Sido nous a regardés l'air de dire « Vous avez pas intérêt à vous manquer » et s'est éloigné avec le décorateur sous le bras. Dans le dos de son gilet orange, y avait écrit « Staff Marché aux Puces ».

— Marocain de merde, a craché Nordine en baissant le menton.

— Vas-y, je vais chercher des cafés.

Et j'ai filé.

— Bloque pas ! Reviens vite ! il m'a crié.

Je me suis pas retourné.

Côté mosquée, le marché n'était pas encore gangréné par les vendeurs de neuf qui ont aujourd'hui aseptisé les puces. Je me sentais à ma place au milieu de tous ces restes de vie mis à terre. Des raquettes de tennis, des carburateurs de scooter, des planches à repasser, des chaussures de ski, des VHS, des revues des années 80, des clubs de golf, Zippo, gourdes, ballons de foot

dégonflés, Barbie sans bras, médailles d'anciens combattants. Tous ces bouts de passé à négocier.

Au fond de l'allée, les vendeurs et acheteurs d'oiseaux tournaient autour des cages. « Les Arabes, y z'ont un truc avec les oiseaux », j'ai pensé. Puis c'était la grande boucherie de Mme Slimani. Avec son strabisme et sa blondeur d'actrice, Mme Slimani et son micro, c'était l'attraction du marché. On entendait sa voix stridente gueuler les promos du jour sur le salami et les brochettes de foie. Sous la halle aux fruits et légumes, le son se dilatait. De loin, derrière un étalage d'oranges, de salades, carottes et pommes de terre, j'ai aperçu Ichem, qui trottnait comme un commerçant. On le voyait plus, au quartier. Ichem était parti fêter sa nationalité, seul, à Tunis, avec du shit dans ses bagages. Trois-quatre joints qui n'avaient jamais passé la douane tunisienne. Il avait pris six mois ferme dans une cellule à soixante. Il était revenu de là-bas avec l'œil vitreux et des cicatrices sur les avant-bras. À son retour, il s'était maqué avec la sœur Lamini. Une drôle d'histoire avec cette fille d'une autre génération, au visage qui racontait plusieurs vies. Je l'avais connue quand j'étais petit. Ma mère me laissait en dépôt chez les Lamini et je mangeais des pain-frites au goûter dans leur treize mètres carrés. Maintenant, la fille Lamini avait deux stands de primeurs. Ichem se la racontait grave en jouant au patron. Mais j'étais toujours content de le voir.

— Ça va, mon petit clando ? je l'ai provoqué.

— Arrête, Stress, je suis français comme toi maintenant.

— Wesh, t'as juste « li récépissé » et tu tehatches.

— T'es un enulé, Stress... Viens m'embrasser.

On s'est pris dans les bras. Il avait pas changé de parfum.

— Ça va tranquille, Stress ? Allez, on boit un café.

— À la rapide alors !

— Qu'est-ce qui t'arrive, tu stresses déjà ?

— Non, y a Nordine qui m'attend...

Ça faisait deux ans que Ichem et Nordine se parlaient plus. Ichem était sorti avec une des sœurs de Nordine et la proposition n'était jamais arrivée sur la table. Au mariage de la grande sœur de Djamel, Nordine et Ichem avaient fini par se battre, saouls, sur le parking de la petite salle des fêtes, entre la cité Font-Vert et Carrefour Le Merlan. Une bagarre de chiffonniers. Ichem ne se coupait jamais les ongles et se battait comme un chat. Nordine avait déchiré son costard gris, et fini avec des griffures sur le visage. Il gueulait : « Y m'a griffé cette pute ! Tu m'as griffé hein petite salope ! » Depuis, la route était coupée entre l'Algérois et l'Oranais.

Le café était à l'intérieur de la halle. Des allers-retours de serveurs, des crêpes au miel, des thés à la menthe, et que des hommes partout autour des tables. Ichem était ici chez lui.

— Lagdar ! Deux cafés, s'te plaît ! Ça va ta mère, Stress ? il m'a demandé.

Quand Ichem avait été emprisonné à Tunis, Fred lui avait trouvé un avocat sur place. La femme d'un ami journaliste algérien qu'elle avait connu dans les années 70 et accueilli pendant les années noires de la guerre civile.

— Ça va, et toi la famille ? j'ai répondu.

— Hamdoulah...

— Tu passes plus au quartier ?
— Ne me parle pas du quartier s'il te plaît. « On grandit, on oublie. »

Ichem était plein d'expressions, c'était son mode de défense.

— Tu parles plus avec personne ?

— Je te parle à toi.

— Tu me comprends, Ichem...

— Écoute... Depuis que je vais plus au quartier, j'ai une voiture, je gagne de l'argent et j'ai eu mes papiers. Comme on dit : « Quand Dieu ferme une porte, il en ouvre toujours une autre. »

J'ai pas su quoi répondre. J'avais commencé à y croire, à toutes leurs conneries de mauvais œil qui faisait que ton destin partait en couille à coups de regards malveillants.

— Et toi ça va ? Tu arrives à vendre des trucs chouia ? il m'a demandé.

— De quoi payer le bus, les clopes et le café.

J'avais jamais essayé de lui vendre une autre vie, à Ichem, et il avait toujours apprécié mon côté « sans honte ». Un CDI, une belle voiture, une belle montre, l'achat d'un appartement. Leur réussite de gens normaux ne m'avait jamais inspiré. Je préférais perdre que de goûter à cette vie de meuble télé. Je n'avais à peu près rien réussi. Mais il me restait l'héritage aristocratique de ma mère. Quand les histoires ont commencé à éclater entre mes anciens potes du Panier, je me suis tenu éloigné. Certains se sont mis à ouvrir des squats pour prendre des cachets, d'autres on fait des enfants et puis, les uns après les autres, ils ont quitté le quartier avec l'aigreur de ceux qui reçoivent du courrier de la

CAF. Sur la fin, toute notre amitié était partie dans un feu de malheurs, qui embrasait tout. On avait cramé la terre de nos années heureuses pour ne laisser que l'amertume. Je savais tout des histoires de Ichem. La femme de Ange qu'il avait essayé de se faire, l'oreille qu'il avait coupée à Djamel à cause de la sœur Lamini qui lui avait retourné le cerveau, la sœur de Kassim qu'il avait mise en cloque et celle de Nordine avec qui il était sorti pendant deux ans. Mais je continuais à garder le silence. Parce que les paroles pourrissent tout. Et puis Ichem, c'était le début de tout. Et on touche pas au début d'une histoire.

— Les fruits et légumes, c'est une mine d'or, je te jure ! il m'a dit.

— C'est bien.

— Mais c'est dur, wallah, j'ai mal au dos.

— Ton beau-frère, ça va ?

— Youss ! Il est Album d'or au bled. Y sort un morceau avec Magic System.

— Saha, c'est bien.

— Hamdoulah !

— Et ton neveu Wawa ?

— Ça va, merci, tout le monde va bien.

Je sais que dans sa tête il répétait « Cinq dans tes yeux ». Cette expression pour te protéger du mauvais œil de l'autre et même de celui que tu pouvais te jeter à toi-même.

On a fait le tour de la famille, comme les prières des muftis font le tour de la ville dans les haut-parleurs qui grésillent.

— Je vais bouger.

— Tranquille, Stress... Finis ta cigarette ! Tu veux pas manger quelque chose ?

— Non, wallah, Nordine, y doit stresser.

— Saha Stress, merci d'être passé. À bientôt, mon frère.

À mon retour sur le stand, Nordine a attaqué direct :

— T'étais où, Stress ? Wallah, t'as bloqué !

— Tiens, je t'ai ramené un café.

— T'étais où, sur ma mère ?

— T'as bien vendu ?

— Wallah, c'est mort.

— Les mecs des chaussettes, y sont plus là ?

— Et ma foi, y z'ont tout vendu ! Y a ta baffle qui est partie.

— Quelle baffle ?

— Ton truc pour faire de la musique.

— L'ampli ?

— Voilà !

— Combien ?

— 150.

— Arrête... de la bombe ! Y z'ont pas pris la guitare ?

— Le mec il va retirer l'argent, y revient.

— De la bombe ! Tiens, prends ton café !

Nordine n'a pas eu le temps de prendre son café. Ses deux yeux noirs ont viré couleur inquiétude. Son regard s'est arrêté au loin et sans lâcher l'horizon il a dit :

— Viens on bouge !

— Qu'est-ce qui t'arrive ?

— On bouge je te dis !

— Quoi ?

— Y a Sido qui arrive.

— Et alors ?

— Le décodeur... y marche pas !

J'ai attrapé la guitare et on a abandonné le reste. On a foncé à travers le marché comme une scène de film comique où on met tout en accéléré. Les gars de Sido, leurs gilets orange et leurs talkies-walkies couraient dans tous les sens. Avec Nordine, on n'a plus jamais refoutu les pieds aux puces.

Texto meta

Páginas 17-27

Mi madre se instaló en el Panier en 1982, concretamente en la parte comorense del barrio. Con su pobre herencia, Fred compró «por nada de nada» un piso grande con vistas al Viejo Puerto. Cuando llegó, sus vecinos fregaban los platos sobre la acera y los yonkis se pinchaban en los rincones sin electricidad de nuestra calle. Nadie quería poner un pie en el Panier. La biblioteca del barrio estuvo cerrada durante seis meses. Mi madre consiguió negociar con el Ministerio de Cultura y un político local, propenso a sufrir eccema, que la transformasen en «Centro de la Prosa». Un lugar que proponía talleres de escritura, de alfabetización y un laboratorio de experimentación poética. Fred estuvo cinco años impartiendo clases en la Escuela de Bellas Artes de Alger. Allí, había podido sentir como la situación se pudría desde dentro. Al principio eran detalles. Estudiantes que ya no iban a su clase y que, de repente, estaban en contra de ciertas prácticas. En la calle, miradas insistentes, insultos en árabe desde lejos. Sus vecinos del rellano que ya no le abrían la puerta. Los Barbudos ya no vivían solo en los pueblos. En noviembre de 1981, llegó la primera carta de amenaza al despacho de la dirección. De repente, se empezó a sentir frío en los pasillos de la facultad. Dos meses antes de marcharse, el consejo de administración decidió esconder los desnudos en el sótano y, una noche, unos tipos entraron en la escuela y rompieron con buriles todos los huevos y tetas de las esculturas expuestas en la facultad. «Cabrones», fue lo que dijo al encontrarse a primera hora de la mañana con aquellos cuerpos mutilados. Aquello la afectó. Decidió irse por mar a Marsella. «Vale a volver, pero no a Francia». En la cubierta del ferry, al ver como Alger se alejaba, sintió un nudo en la garganta mientras lloraba: «Te abandono, mi vida...lo siento». Desembarcó en el Panier conmigo bajo el brazo, su cuello de aristócrata y sin miedo a nada.

Mi madre me llevó al colegio público des Moulins. «¡No iba a meterle con las monjas!» De su educación, había conservado que un niño se adapta, sigue y no molesta. En la foto de clase, entre comorenses, árabes y portugueses, mi cara rosa era fácil de encontrar. Al salir de clase, corría como un loco para comprar los dulces *Biberine* y los merengues de la señora Calzolarie, que después acabó entrando en el talego por tráfico de cocaína. Y por la noche, iba a comprar pizza al puesto de *Les 2 frangins*, en la parte baja de la montée du Saint-Esprit. Aldo amasaba, mientras que el viejo Carboni nos cantaba su opereta de hijo de inmigrante napolitano decepcionado con Mitterrand y no se

avergonzaba en decir: «En el 80 le voté. Ahora voto a Le Pen». Algunos años más tarde, su mujer Gisèle se convirtió en alcaldesa del distrito y número dos del consejo general. El viejo Carboni recuperó su sonrisa y la rosa del Partido Socialista. Aquí la política es como las lasañas, la recubrimos de salsa muy espesa.

Más tarde, cuando mi culo estaba inmerso en el fondo de una cazuela adolescente que se pega, el Panier se convirtió en una cuestión de plazas. Seis territorios, seis viejas plazas marselesas que ya no se hablaban entre sí. Había aprendido a conocerlas y a no fiarme de ellas. Me había convertido en casi un hombre.

Nunca me ha gustado la place de Lenche, maquillada como una chica que se menea delante de un mafioso en un bar de entrenadoras de ópera. Los mafiosos no bailan, no beben, fuman muy raro y, cuando van a una discoteca, siempre tienen un ojo puesto en la puerta. No saben divertirse. La place de Lenche es una bajada con ganas de decirte: «Eh, ¡vete de aquí!» Pero no puede porque tiene algo que venderte. Sus restaurantes sirven ensaladas con tomates partidos en cuatro y pizzas mal cocidas. Todo delante de cuatro o cinco delincuentes con barriga y ojeras, que hablan entre ellos como si estuviesen preparando el atraco del siglo. Al pie de la plaza, siempre hay algunos Venidos que fuman su tabaco de liar y saborean su *mauresque*. «Toman el aperitivo en el Panier». Tomar el aperitivo en la parte baja de la place de Lenche es como ir a la piscina y quedarse en el borde. No te pasará nada.

Al subir por detrás, llegabas a la place des Treize-Coins con su bar y sus canallas que andaban con las puntas de los pies. Esos tíos conducían sus motos con medio culo sentado, nunca se morían y se reían fuerte para mostrar lo gilipollas que eran. Pero, en realidad, era una farsa porque para sobrevivir conocían bien cuáles eran sus habilidades: arranque de bolsos, robo de scooters, robo a las casas de los vecinos, tráfico de hachís falso y reventa de entradas en el mercado negro del Estadio Vélodrome.

En la frontera Norte, la place François-Masson, fría y permeable. Ocupada por amables jóvenes que se mezclaban con otros de la Joliette o de Carmes, los barrios vecinos. Se juntaban todos. Tenían su bachillerato profesional y hacían rap de Casa para todos. Estudiantes medios que forzaban un poco su estilo. Han terminado en el Ayuntamiento o en el consejo general, han tenido dos o tres críos y se han ido a vivir lejos, a Désirée-Clairy, o incluso más lejos, a barrios nuevos con parking y portal eléctrico.

En la place des Lorettes, en el centro del barrio, rondaban los guerreros de la cerveza: Youssef, Nabil el gordo y Riad apodado el Viejo o el Negro. Un equipo de heridos de guerra que se intercambiaba las jeringuillas, tenía recetas en los bolsillos y rompía dientes para hacerse 30 francos. Una generación sacrificada que hablaba el dialecto del yonki marsellés. Están todos muertos.

Los peces más gordos del barrio nadaban en la place du Refuge. Un acuario lleno de viejos depredadores. Le Reuf era el orgullo del Panier. Aquí era donde sucedían las grandes trifulcas que producían los sonidos de los huesos después de cada puñetazo. Donde comprabas tu hachís lleno de parafina o tu ración de LSD. Y podías darte por contento si era eso. La place du Refuge tenía poco sentido del humor y una visión de mercado a corto plazo. Estaba controlada por Foued el Grande. Él se reía aún menos que los demás. Un día, pegó a tres tíos de Félix-Pyat con el mismo pie y nosotros decíamos que escupía bolas de fuego por el culo. Siempre andaba con Pichon que tenía una boca de pez piloto. Pichon te segaba los pies con sus brazos y te fosilizaba la cara en el asfalto a base de golpes con su codo. Por la plaza también andaban Tcha-Tcha de la FF, Mansouri, el primer delincuente comorense, Meumeu, el tío que te pegaba como si estuviese en Matrix, Bébé Croûte con sus barredoras de cabeza y Fad, que tenía cara de jugarse su familia en el Bingo. Esos eran los fijos, después estaban los temporales que venían de otros barrios del centro: de Carmes, de Belsunce o de Noailles. Eran siempre los otros los que venían al Panier y nunca al revés. En Marsella, cada barrio tenía sus personajes, sus garrulos, sus marcas de camiseta, sus jugadores de pelota, sus raperos, pero en los años 90, no intentes entenderlo, estaba el Panier y estaba el resto. Y el que te diga lo contrario es un mentiroso o un envidioso.

Bueno, todo esto es nostalgia y la nostalgia jode a todo el mundo, excepto a aquel que lo narra porque le da una oportunidad de rejuvenecer.

Mi pandilla era la colección barata del Panier. Andábamos por la parte más alta del barrio, la place des Moulins. Una vieja amable con una cara bonita sin arrugas y curvas por todas partes que votaba al Frente Nacional. Nos mandaba a la policía si jugábamos un poco tarde al fútbol. Con Kassim, Ange, Nordine, Ichem y Djamel nos tirábamos las 24 horas con el culo sentado en sus bancos de madera tallados a cuchillo con «Malika la Chupapollas» y «Bonzaï la Chivata». Matábamos el tiempo fumando hachís cortado con parafina y golpeando balones de fútbol deshinchados. En aquella época, te hablo de cuando todavía iba al colegio infantil des Moulins y tenía dos buenos mofletes rosas, el

centro de la plaza estaba presidido por una gran fuente. Pero en Marsella nada dura demasiado tiempo. Hace mucho que ya no sale nada de agua de la fuente des Moulins.

Ichem era el más pequeño de la pandilla. Y el más malo. Tenía un acento pegadizo de Orán: «¿Eres un pecador? Yo tengo un destornillador y una caja de herramientas». Le gustaban las frases hechas. La primera vez que le vi fue un año después de que llegase del Magreb. Una noche calurosa de mayo de 1996, en las calles húmedas y asquerosas del Panier. Yo nadaba en una sudadera Polo Ralph Lauren blanca. Una imitación traída de un viaje a Inglaterra. No me la quitaba nunca. Con mi cabeza rapada y mi cara pálida, parecía una luciérnaga enferma, porcelana con ojos rojos y rasgos finos. Ichem apareció por la rue des Mauvestis, se acercó a mí y me dijo:

- Me pagas y me hago tu guardaespaldas.

Había visto muchas películas de artes marciales de Jean-Claude Van Damme.

- No, gracias, estoy bien – le respondí – oye, ¿pero sabes liar?

Nos sentamos en un banco de la place des Moulins. Ichem se lió un dos hojas pegadas y a la izquierda con sus dedos sucios llenos de clavos. Prácticamente infumable. El pelo le llegaba hasta el culo. Llevaba un estilo de serie B india de los años 80 que podía verse en el Magreb con una buena antena: sombrero de cow-boy y chaleco de cuero pegado al cuerpo. Era casi enano con una piel mate cubierta de pluma de un pequeño gorrión. Los mayores de la place de Refuge le llamaban Moogli o Indiana Jones. Más tarde, y no tardó, Ichem empezó a vestirse con ropa visiblemente de marca, sacrificó su pelo de apache y se hizo un corte en «Kader el de siempre» en Noailles. Se integró. Pero un sin papeles nunca deja de ser un sin papeles. Estás marcado a fuego.

Yo había traído hierba de un viaje a Alemania. Mi madre me había mandado dos meses a Berlín Este de inmersión lingüística. Había vuelto sin saber nada de alemán, pero con cuatro gramos de skunk muy graso. Al tercer porro, se lo dije:

- En realidad, ¿no sabes liar!

Nos hicimos colegas como dos gotas de leche en un café.

Ichem vivía en la rue Baussenque entre la place du Refuge y la rue de l'Évêché. El final del Panier. Después estaba la comisaría central con sus sótanos donde todavía te pegaban a golpes con guías telefónicas para no dejar señales. Luego, el mar. La calle

estaba en la parte oscura y fría, cuando las ventanas estaban abiertas, podíamos incluso dar tortazos al vecino de en frente. Ichem vivía en la primera planta, veinte metros cuadrados, lado norte, con su hermana Rabia y su sobrino Wawa que alimentábamos con judías y pantalla plasma. El cuñado de Ichem, Cheb Youss, era una estrella del raï en Argelia. Cuando Ichem hablaba de su cuñado, ganaba algunos centímetros.

Cheb Youss era un árabe rubio con gorra, gafas de cristales amarillos y perilla pelirroja. Un producto de importación china que tocaba con su sintetizador y metía su voz en el vocoder en las fiestas argelinas, los caberets raï de la Costa Azul y las grandes fiestas parisinas de raï: el mundo versión permiso de residencia de los años 90. Cheb Youss estaba puesto en fotos por todo el salón. Sobre el mueble de la tele, sus casetes de raï se casaban con una pizarra negra de caligrafía dorada «Alá es el único Dios y Mohammed su profeta» y toda la colección de VHS de Bruce Willis. Un día Ichem me dijo:

- Si Bruce Willis me lo dijese, yo me acostaba con él.

En su casa, la jefa era su hermana Rabia. Una chica grande con unos ojos muy negros de loba y una complexión con pinta de hacerte una llave inglesa. Había hecho que su hermano viniese de Argelia y le había convertido en chica de la limpieza. Ichem dormía en una habitación pequeña con su sobrino Wawa. Se levantaba siempre muy pronto, se hacía un café, se fumaba su pitillo, fregaba y salía para matar su tiempo de sin papeles que algún día conseguiría sus papeles y «ya verán todos esos cabrones, lo juro por mi madre, que se irán todos a tomar por el culo. En este barrio de mierda no hay más que hijos de puta que miran mal».

En verano íbamos a la playa. Irse del barrio era una expedición. Casi que lo habría sido si hubiésemos tenido que solicitar un visado y coger nuestra cartilla de vacunación.

Ichem siempre llegaba tarde. Dominaba el arte de hacerse de rogar.

Mientras le esperábamos en la place des Moulins, él se tomaba el tiempo de mirarse desnudo en frente del espejo de su baño. O de masturbarse despacio su polla de hombrecito mientras pensaba en una película porno en la que le dan por el culo a una negra hermafrodita al borde de una piscina. Un casete que le había prestado y que nunca me había devuelto. Un día, Ichem me enseñó el proverbio oranés: «Loco aquel que presta, aún más loco el que devuelve». Aquel día no eyaculó, se puso su camiseta, se

cubrió de la colonia Fahrenheit de Christian Dior y se colocó su bandana roja en el cuello. Era la moda.

Pasó por la place du Refuge. «¡Salam!⁹», saludó de lejos a Cabinet, el camello de la zona. Un día le pregunté a Djamel de dónde había heredado Cabinet ese apodo.

- Porque tiene cara de estar todo el día cagando – me respondió.

Ichem subió la rue des Muettes a base de pequeñas aceleraciones, saltando de acera en acera y engañando al sol. Tenía una pila en cada pierna y cuando corría, veíamos como sus orejas se iban para atrás. Ganaba todas las carreras de velocidad del barrio.

Paró para recoger un trozo de pan, besarlo, colocarlo en un lugar accesible y decir «Bismillah¹⁰». Esa manía me parecía ridícula, pero ahora cada vez que veo un trozo de pan en el suelo, te juro que tengo ganas de recogerlo. Las creencias son algo que se te mete en la cabeza igual que un clavo en un agujero.

Cuando se unió a nosotros en la place des Moulins, Djamel estaba fumando un porro, Nordine hacía unas flexiones sobre una farola, Ange se mordía las uñas y yo, Stress, me estaba estresando.

- Joder, Ichem, ¡siempre tocando los cojones!
- ¿Qué? ¿Ya has terminado de sobarte? – dijo Ange tocándose los huevos.
- ¡Para, Ange! – respondió Ichem un poco avergonzado.

Pero a Ange le gustaba la sangre. Cuando estabas tocado, él solo pensaba en una cosa, en hundirte.

- Oh, pero ¿y esa bandana Ichem? ¡Pareces el hijo de George Michael y Mimi Mathy!

Risas enseñando los dientes y cabezas dándose la vuelta. Ichem tocó su bandana. La confianza en sí mismo se fundió igual que un hielo al sol.

- ¿Dónde vamos?

Yo siempre necesitaba saber dónde íbamos a ir y qué íbamos a hacer. No me acostumbraba a los retrasos de los colegas, a los planes chungos y a los «Inch' Allah

⁹ N. del T. Palabra en árabe para decir «Hola».

¹⁰ N. del T. Expresión en árabe que significa «en el nombre de Alá».

¹¹mañana» para decir que mañana no pasaría nada o que, de todas formas, sería Dios el que lo decidiese.

- Venga Stress, no te vuelvas loco, estamos esperando a Kassim.

Cuando Ange me hablaba perdía todo su sentido del humor. Éramos los dos culos blancos de la pandilla. A veces, sentía su deseo de acabar conmigo. Ange era corso, hijo de un padre mafioso de la gran época tolonesa. Cuando su padre, Dédé Vezzani, se murió, Ange aterrizó en Marsella con su madre. Esta no era su casa, se sentía igual de débil que un perro callejero. Sin embargo, había heredado esa capacidad de saber cuándo podía hacerse con el otro. Ange había oído mis actitudes de pequeño burgués que yo intentaba disimular con un acento un poco forzado, andares trabajados, cabeza muy rapada y ropa de marca. Llevaba el disfraz completo del gamberro marsellés, pero mi mirada era la de un cordero. Y, la mirada en la calle es el carné de identidad.

- ¿Qué? ¿Estamos esperando a Kassim? ¡Ya está bien! ¡Me cago en mi puta madre! ¡Son las tres! ¡Es la última vez que voy con vosotros a la playa!

Siempre he sido especialista en dar advertencias que nunca se cumplen. Una manera de liberar mis preocupaciones o de compartirlas. Mi apodo, Stress, no lo había robado.

Páginas 42-53

Sudo, me aclaro la garganta y me lamo el brazo. Tengo un sabor a Chipster. Una noche más que no ha servido para nada. Menos mal que me he cruzado con Johanna. Me levanto con ganas de morirme y de mear.

En mi baño hay una cortina asquerosa y restos de rulos de papel de culo. Meo amarillo opaco. En mi cocina, dos placas eléctricas encima del frigorífico, un producto decapante, un desatascador y un paquete de maicena caducado. En mi frigorífico, un yogur griego y tres tomates mohosos. Bebo del grifo. Del agua caliente con cal y sabor a cañerías. Delante de la puerta de la entrada, dos basuras que esperan a que alguien las saque, una bolsa vieja del McDonald's y una botella de tinto por la mitad etiquetada como «Club des Sommeliers». Vivo como si fuera a dejarlo todo de un día para otro. Cuando todavía vivía con mi madre, ella entraba en mi habitación y decía:

- ¡Ya está bien, Stress! Parece que aquí duerme un indigente.

¹¹ N. del T. Expresión empleada en árabe para decir «si Alá quiere».

En Facebook, Bowie ha muerto. Homenajes individualistas. «Le vi en Toulouse en el 87». «Yo le escuchaba cuando todavía no habíais nacido», «Yo compré sus 45 singles cuando tenía 11 años». Las rebajas del luto. Desde hace dos semanas mis amigos de Facebook están «en lucha contra la gentrificación del barrio de la Plaine». Se quejan de la rehabilitación del Ayuntamiento de la place Jean-Jaurès. Hasta han montado una Zona A Defender para parar el inicio de las obras. El Venido es bueno en escribir su propia historia. Para nosotros, en el Panier, la Plaine siempre ha sido un caldo de acentos del norte, de estudiantes con propinas, de rastas de pega, de punkis callejeros con perro, de parisinos de fin de semana y de gentuza que llega de cualquier punto de la ciudad para robar los bolsillos de los melencidos que salen de los locales nocturnos oliendo a pitillo y a ron especiado.

Abro el perfil de Facebook de Clara. Me ha acabado eliminando de su lista de amigos. Me siento como un ex que ronda, de noche y desde abajo, el piso de su novia para ver las siluetas por las ventanas. Está de gira por Suiza en centros de arte en los que se susurra. Ha conseguido hacerse un hueco en el mundillo de la música experimental con una performance de guitarra eléctrica y poesía contemporánea. Se coloca la guitarra sobre las rodillas y recita sus textos repetitivos levantando hacia el cielo sus brazos llenos de tatuajes geométricos. Gusta mucho.

Su lado soñador dando las gracias al final de cada concierto con la mirada perdida, no me la creo ni por un segundo. Cuando era adolescente, Clara pedía que la regalasen por su cumpleaños libros de la colección de la Pléiade, aunque nunca le había gustado leer. Lo tiene todo calculado. Ahora, en Facebook, solo publica cosas en inglés y extractos sobre ella de *France Culture*, artículos que hablan de ella en *Le Monde*, *Télérama* y la prensa especializada. Clara solo viaja en la primera clase de los trenes de la SNCF y come alimentos sin gluten. Sigue siendo igual de guapa, con su pelo rizado y sus ojos negros de revolucionaria española. Mi madre la amaba.

Su nuevo novio es italiano. Me le crucé en la exposición des Bains-Douches una noche en la que estaba muy bien como para andar preocupándome por nadie. Un crítico de arte, un poco realizador, un poco músico: una puta brillante, la peor raza, que te mira como si fueses un vendedor de sardinas. Lee *Art press* en la playa y «le encanta Marsella» por su lado «tan popular».

Cerrar la puerta a triple vuelta, bajar por la Canebière, pasar por delante de los últimos snacks con vida y llegar a la cours Belsunce. Con Clara, los domingos íbamos no muy lejos a comer marisco al Toinou. Nos llevábamos una botella de vino blanco y pasábamos el fin de semana hablando de Tarkovski y Stockhausen como una pareja de viejos burgueses.

La Canebière se parece un poco a mi vida. Comienza siendo muy limpia con su cámara de comercio y su carrusel antiguo de imitación. A partir de la rue de Rome, frunce el ceño: trajes de boda baratos, bazares de «todo a 2 euros», un snack de pollo halal pakistaní, una comisaría con los cristales sucios y un McDonald's con las papeleras asquerosas llenas de envases. Y al final, nada más o casi: dos oficinas para mandar dinero al Magreb, un vendedor ambulante de objetos asiáticos, un estanco y un antiguo cine cerrado desde hace años. La Canebière acaba sola, errante, delante de la iglesia des Réformés sin saber, en realidad, cuando ha perdido el hilo.

Llego al paseo Belsunce congelado en el tiempo como un bulevar colonial. Cuando era pequeño, mi madre me compraba aquí las zapatillas más rebajadas del mundo. «Mamá, tengo zapatillas que corren más rápido ¿lo has visto?» Mi infancia se podría parecer a una película de domingo por la noche con Omar Sharif.

Tres llamadas perdidas de Sofiane y un mensaje: «Respóndeme Stress». Mala señal. Tengo frío. La sensación de tener problemas de circulación sanguínea. Cambio de página web en mi iPhone. «Nueva bajada del MDMA. Ya no tiene serotonina. Beba mucha agua y coma cítricos. Quede con los amigos. Ande al aire libre y coma sano». Tengo más ganas de un bocadillo de brocheta de hígado y corazón, la verdad.

«Chez Amar» es un snack con horno de leña justo al lado de la mezquita de la rue des Récolettes. Amar empalma los bocadillos mientras su ojo le dice mierda a su otro ojo. Tiene el tesón del que amasa dinero. Cada año, sus mofletes están más rellenos y su pelo más rizado. Las cosas van bien. Delante de mí, dos jóvenes con chilaba blanca, pantalones pañal y un par de Birkenstock. Tienen un fuerte acento marsellés, marcas en la frente y barba rebelde. Sus espaldas tiemblan con cada una de sus bromas.

- Joder Amar, ¡no me pongas la mayonesa árabe que te conozco!

Amar es lo que viene siendo tímido.

- No, no te preocupes. ¿Lo quiris con Couca-Coula o Couca-Ziro?

Todo el mundo se ríe, incluso los obreros que esperan detrás de mí con sus manos llenas de escayola.

- ¡*Wallah*¹²! ¡Este Amar es un loco! ¡Gracias familia!

Pido un hígado-corazón-mayonesa-*harissa* con «no mucha *harissa*, por favor» y una Coca-Cola.

Cuando bajaba por la rue de la République con Nordine e Ichem para cogernos un bocadillo donde Toutankhamon, ellos pedían de salsa «mayo-*harissa*» y yo «mayo-ketchup». Para ellos era como si yo no fuese un hombre de verdad. Con el tiempo me empecé a obligar a pedirme lo mismo que ellos. Y estaba bastante orgulloso de llegar en frente del tío y decir: «¡hermano, ponme *harissa*-mayo!»

En mi época, el símbolo de pertenencia era la elección de la salsa. Puede que si hoy fuese adolescente llevase una pequeña barba y una chilaba de viernes a mediodía.

Los movimientos de Amar son definidos. Cortar el corazón, picar el hígado, avivar las brasas. Cobra, da la vuelta, corta el pan, echa las salsas. Tanto virtuosismo resulta conmovedor.

Me voy a comer al Viejo Puerto como un perro. El calor me golpea en la cara a través del viento del este. Delante de mí, algunos turistas con pinta de decepción hacen cola para una excursión a las islas de Frioul. Allí se encontrarán con una tierra seca, viejos edificios de guerra, gaviotas y sandwichs club. Bajo la sombra, parejas de jóvenes con la cabeza gacha se sacan un selfie en el reflejo de su retrovisor del techo. Una tontería turística que se une a los candados en los puentes del Sena y a las moneditas de la Fontana di Trevi en Roma. En medio de este desolador decorado de domingo, los patinetes eléctricos pasan a toda velocidad conducidos por jóvenes embutidos en chándal amarillo fosforito con estampado de Qatar Airways o Beko Electrodomésticos.

Ningún Venido. Seguramente estén degustando una copa de rosado frente al mar. Abriéndose un erizo de mar en un barco. O tal vez leyendo un libro en la piscina del pueblo de algún amigo. Era Nordine el que decía:

- Los Venidos saben lo que es bueno. Saben vivir. No como nosotros.

Nordine era el más filósofo de todos.

¹² N. del T. Expresión en árabe cuyo significado es «lo juro por Alá» o «por Alá».

Mi teléfono vibra. Sofiane otra vez.

- Stress, estoy ahora mismo con un cliente... ¿Estás libre para una boda el 8 de agosto?
- ¿Del año que viene?
- No, ¡de este año!

Desde hace cinco años, hago bodas orientales con Sofiane en los barrios del Norte. Grabo falsas pestañas que se cierran lentamente, frascos de perfume La Vie est Belle y Rolex en la muñeca. Todos los fines de semana, acabo en el maletero de un coche para seguir al cortejo. Corro sudando por los pasillos de los Ayuntamientos del barrio. Sobrevuelo con el dron las playas de Cassis y siempre tomo el mismo plano: una pareja joven que se da un beso halal en la frente con el sol a contraluz. Todos mis sábados noche, de junio a septiembre, me los paso en las salas climatizadas de las zonas comerciales esperando a que llegue la obra montada delante de altavoces que escupen música árabe para reventarte el tímpano. Cada año me digo «se acabaron las bodas». Y cada año vuelvo. Me debe de gustar.

- ¿Puedes hacerles un precio?
- ¿Qué me quieres decir? ¿Mil estaría bien?

Sofiane siempre hace silencios cuando se trata de dinero.

- ¿Puedes bajarles 100 euros?
- Vale, venga.

Con Sofiane siempre acabo perdiendo.

- ¡El 8 de agosto Stress! ¡Cuento contigo!

A lo lejos, el transbordador hace su difícil cruce de una orilla a otra del Viejo Puerto. Delante de la boca de metro, una actuación de hip-hop. Jóvenes con el torso desnudo giran sobre su cabeza y hacen esa clase de figuras que ya he visto mil veces. En el barrio, no nos impresionaban los tíos y tías que iban a bailar hip-hop tres veces a la semana al centro social Baussenque con Idriss del grupo Phocéa Force. Idriss ha salvado a jóvenes que ahora venden pizzas de masa gruesa en sus furgonetas en el boulevard Chave. Yo envidiaba sus andares libres y sus relaciones simples con las

chicas. Ellos eran guapos y nosotros teníamos aspecto enfadado, la barriga vacía y la espalda de buitre.

Un grupo de gaviotas se cierne sobre el agua aceitosa. Prueban las tripas y el pescado que no se ha vendido en el mercado. Los jóvenes bailarines saltan en todas las direcciones, chocan sus manos y entusiasman a su público. Siguen teniendo esa cara emotiva de joven bueno que ha encontrado un objetivo. Tengo ganas de llorar. Eso limpia los ojos. Una chica joven fresca como un albaricoque se para:

- ¿Está bien señor?

Tiene voz de enfermera.

Joder – «señor» – madre mía, voy a tener que dejar el eme.

Páginas 81-91

Un domingo al mes por la mañana, Nordine y yo íbamos al mercado de las pulgas para vender toda clase de tonterías que habíamos encontrado de un lado y de otro. El mercado de las pulgas siempre ha estado arrinconado entre el mar y las dos dañinas autopistas que atraviesan de lado a lado Marsella. Además de montones de ropa deformes y coloridos, cacharros y juguetes de antaño que siempre acabábamos llevándonos, siempre había una o dos reliquias sobre las que proyectábamos una esperanza de enriquecimiento inmediato. Aquel día, para mí, esas fueron la guitarra eléctrica y el amplificador robados en una fiesta de punkis. Siempre he sido un buen ladrón. De sangre fría y con cara de sostener un cirio los domingos por la mañana en la iglesia de les Accoules. Pero cuando hubo que llevarlos al mercado, Nordine sufrió.

- Nunca venderás esto Stress, me vuelves loco, *wallah*.

- Venga, tira, idiota – le respondí con acento pied-noir.

Nordine siempre tenía una opinión de todo. Esta vez, su apuesta ganadora era un descodificador negro con euroconector o lo que viene siendo para recibir todas las cadenas gratis. Tenía hasta el mando.

Cuando llegó de Argelia, Nordine llevó la tienda de su padre del mercado du Soleil, un zoco justo debajo de la estación hacia la porte d'Aix, un arco del triunfo versión subdesarrollada. Se le daba bien vender trajes grises de hombreras a chibanis, los viejos inmigrantes que habían perdido el billete de vuelta a casa. Pero su idea era transformar

la tienda familiar en una tienda de ropa de segunda mano. Las peticiones especiales de Venidos le habían dejado la mosca detrás de la oreja: camisas de los años 70, gorras Borsalino, viejas monturas de gafas, cazadoras de cuero ajustadas. Se había hecho una pequeña clientela sonriente con look de artista, con los que se fumaba un pitillo y no le tocaban los huevos con los precios. Nordine tenía la mente abierta al mundo. La llegada de los primeros Venidos en los años 90 había significado para él la llegada de un montón de promesas. Sin embargo, su viejo tenía la piel de las orejas muy dura y no quería escuchar. Para él, solo existían los trajes tradicionales y los zapatos negros, nada más. Cuando el mercado du Soleil quedó hecho cenizas después de un incendio, su padre aprovechó la indemnización para construir una casa de dos plantas con una pequeña despensa en la planta baja. La vivienda estaba a un kilómetro del aeropuerto de Alger, en Kouba, un lugar al que nadie iría excepto para morir.

Las pulgas valían la pena. Había que levantarse pronto y coger el búho para conseguir el mejor sitio: un trozo de asfalto de ocho metros cuadrados detrás de las naves de lado del mar. Una vez que habías depositado todas tus esperanzas sobre la tierra, los primeros compradores llegaban entre las cuatro y las seis de la mañana con su linterna en la cabeza. Rebuscaban en tu bolsa mientras que tú todavía no habías tenido tiempo ni de bostezar. Esos tíos eran unas ratas. No tenían vida. Y sacaban de tu bolsa cosas que ni sabías que tenías. «¿Cuánto? – Toma 4 francos. – 1 franco. – Venga 2 francos. – 1 franco. – Dame 1,50 francos». Pagaban, llenaban sus carritos de la compra y desaparecían en la madrugada como mortífagos. Nuestras bolsas se vaciaban, los bolsillos se llenaban de calderilla libertad-igualdad-fraternidad y salía el sol.

Aquel domingo, a nuestra derecha, teníamos a Francia: el padre tenía una camiseta de Johnny Hallyday, la madre los brazos fofos y un tinte casi naranja. La hija ya se parecía a sus padres. Iban bien equipados: sillas plegables, una mesa, un termo. Vendían un aspirador, una plancha del pelo, unas revistas de caza, los 45 singles de Bernard Lavilliers, un pato disecado, unos chalecos de la CGT, unos souvenirs de la Costa Brava, un vaso de whisky... El padre no dejaba de servirse cafés mientras fumaba un cigarrillo, la madre vendía a duras penas y la hija estaba inmersa en la lectura de un *OK Podium* del año anterior.

- ¿Te has traído a tu familia Stress? – se burló Nordine en voz baja.
- ¡Puedes irte con la chica, Nordine! ¡Venga! ¡Por los papeles!

A nuestra izquierda, dos jóvenes del barrio brincaban sobre sus delgadas piernas y gritaban como muftis bajo los efectos de la cocaína: «¡1 franco los dos pares! ¡2 francos los cinco pares! Lo estamos regalando».

Nordine tenía envidia:

- Mira, Stress, ¡los calcetines funcionan!
- Te quedaría bien, Nordine. ¡Vendedor de calcetines! ¡Por fin una oportunidad de futuro para ti!

En frente, un puesto de dos barbudos que ocupaba tres sitios. Aceites, alfombras para rezar, libros y VHS en lengua árabe.

- Nordine, ¿no vas a comprarte una alfombra para rezar con brújula incluida?
- ¡Vete a hablar con los testigos de Jehová que están allí... pedazo de infiel!

Sido, el grandullón responsable de la venta de sitios en el mercado, se acercó a nosotros con sus aires de «estoy encantado de conocerme».

- Ven luego, te pagamos después – le dijo Nordine de manera seca y fría.
- ¿El descodificador funciona? – respondió Sido.
- ¡Si no no lo vendería!
- ¿Cuánto?
- 400 francos.
- 100 francos.
- Déjalo, lo venderé de todas formas.
- 150.
- Te he dicho que lo dejes.
- Entonces, paga tu sitio – dijo Sido, el grandullón.
- Que vale, te he dicho que te pago luego.
- ¡Pagad o iros ya!
- ¿Qué te pasa Sido?
- ¡Hoy no hay Sido!
- ¿Qué te pasa pedazo de cerdo?

Intervine. Nordine era como un hervidor.

- 250 y no pagamos el sitio, ¿vale?
- ¿Quién es este francés? – le preguntó Sido a Nordine.

- ¿Vale o no? – insistí.
- Toma, 150 y te doy el resto cuando lo pruebe.
- Dame 200 y me das 50 después, ¿vale?

Tiempo muerto. Después, Sido sacó un billete con Montesquieu el guapo debajo y dijo:

- Me viene bien porque me voy al Magreb mañana y luego vuelvo.
- Tomate tu tiempo – le respondí.
- Negocias bien para ser francés.

Sido nos miró como diciendo «no os viene bien echaros de menos» y se alejó con el descodificador bajo el brazo. A la espalda de su chaleco naranja estaba escrito «Staff mercado de las pulgas».

- Marroquí de mierda – escupió Nordine bajando la barbilla.
- Venga, voy a por unos cafés.

Y salí corriendo.

- ¡No te entretengas! ¡Vuelve rápido! – me gritó.

No me di la vuelta.

El lado de la mezquita aún no estaba corrompido por los vendedores de cosas nuevas que hoy han acabado con las pulgas. Me sentía en medio de un montón de restos de vida puestos en el suelo. Raquetas de tenis, carburadores de scooter, planchas de ropa, zapatos de ski, VHS, revistas de los años 80, palos de golf, Zippo, cantimploras, balones de fútbol deshinchados. Barbies sin brazos, medallas de antiguos combatientes. Todos esos restos del pasado para negociar.

Al fondo de la avenida, los vendedores y compradores de pájaros se paseaban entre las jaulas. «Los árabes tienen un problema con los pájaros», pensé. Después estaba la gran carnicería de la señora Slimani. Con su estrabismo y su rubio, la señora Slimani y su micrófono eran las atracciones del mercado. Todos oíamos su estridente voz anunciar las promociones del día del salami y de las brochetas de hígado. En el mercado de frutas y verduras, el ruido disminuía. Detrás de un puesto de naranjas, lechugas, zanahorias y patatas, vi a lo lejos a Ichem que se paseaba como un comerciante. Ya no le veíamos en el barrio. Ichem se había ido solo a Túnez para celebrar su nacionalidad con hachís dentro de las maletas. Tres o cuatro porros que nunca pasaron la aduana tunecina. Le

habían metido seis meses en una célula con sesenta personas. Había vuelto con la mirada vacía y con cicatrices en el antebrazo. A la vuelta, se había juntado con la hermana Lamini. Una historia rara con esta chica de otra generación y que tenía cara de haber vivido muchas vidas. Yo la había conocido cuando era pequeño. Mi madre me dejaba con los Lamini y merendaba panes fritos en sus trece metros cuadrados. Ahora, la hija Lamini tenía dos puestos de fruta. Ichem se creía alguien jugando a ser jefe. Pero, yo siempre me alegraba de verle.

- ¿Qué tal mi pequeño sin papeles? – le provoqué.
- Para, Stress, ahora soy igual de francés que tú.
- Joder, a ti te ha llegado «el recibo de la nacionalidad» y ya te crees alguien.
- Eres un cabrón, Stress... ven, dame un abrazo.

Nos abrazamos. No había cambiado de perfume.

- ¿Todo bien Stress? Venga, vamos a tomar un café
- Algo rápido.
- ¿Qué te pasa? ¿Ya estás estresado?
- No, Nordine me está esperando...

Ichem y Nordine no se hablaban desde hacía dos años. Ichem había salido con una de las hermanas de Nordine y la pedida nunca había llegado. En la boda de la hermana mayor de Djamel, Nordine e Ichem habían acabado borrachos pegándose en el parking de la pequeña sala de fiestas, entre la cité Font-Vert y el Carrefour Le Merlan. Una pelea trapera, Ichem nunca se cortaba las uñas y se pegaba como un gato. Nordine le había desgarrado su traje gris y había acabado con arañazos en la cara. Gritaba: «¡Esta puta me ha arañado! ¡Me has arañado hija de puta!». Desde entonces, la carretera entre el argelino y el oranés estaba cortada.

La cafetería estaba en el interior del mercado. Idas y venidas de camareros, crepes de miel, té de menta y hombres alrededor de las mesas por todas partes. Ichem estaba como en casa.

- ¡Lagdar! ¡Dos cafés, por favor! ¿Qué tal tu madre Stress? – me preguntó.

Cuando Ichem estuvo en la cárcel en Túnez, Fred le encontró un abogado allí. La mujer de un amigo periodista argelino que había conocido en los años 70 y que había acogido en los años oscuros de la guerra civil.

- Bien, ¿y tu familia? – le respondí.
- *Hamdoulah...*¹³
- ¿Ya no te pasas por el barrio?
- No me hables del barrio, por favor. «Crecemos y olvidamos».

Ichem conocía un montón de expresiones, era su mecanismo de defensa.

- ¿Ya no te hablas con nadie?
- Te hablo a ti.
- Ya me entiendes Ichem...
- Escucha... desde que no paso por el barrio, tengo un coche, gano dinero y he conseguido los papeles. Como se dice: «cuando Dios cierra una puerta, siempre abre otra».

No supe qué responder. Había empezado a creer en todas sus chorradas del mal de ojo que hacían que todo tu futuro se fuese a la mierda a base de miradas maliciosas.

- ¿Y tú qué? ¿Consigues hacerte algo de pasta vendiendo cosas? – me preguntó.
- Solo para poder pagarme el bus, el tabaco y el café.

Nunca había intentado venderle a Ichem otra vida y él siempre había apreciado mi lado «más desvergonzado». Un contrato indefinido, un coche bonito, un reloj de lujo, la compra de un piso. Las conquistas de la gente normal nunca me habían llamado la atención. Prefería perder antes que merendar esa vida de salón. No había conseguido casi nada. Pero, me quedaba la herencia aristócrata de mi madre. Cuando mis antiguos colegas del Panier habían empezado a tener historias que contar, yo me había mantenido alejado. Algunos habían okupado para tomar pastillas y otros habían tenido niños, tanto unos como otros se habían ido del barrio con la amargura de quien recibe el correo del Caja de Subsidios Familiares. Al final, nuestra amistad había acabado en una hoguera de desgracias de las que lo abrasa todo. Habíamos arrasado la tierra de nuestros años felices para no dejar más que resentimiento. Me sabía todos los amoríos de Ichem. La mujer de Ange que se había intentado ligar, la oreja que le había cortado a Djamel por la hermana Lamini que le había vuelto loco, la hermana de Kassim que había dejado preñada y la de Nordine con la que había salido dos años. Sin embargo, me quedé en silencio. Porque las palabras lo pudren todo. E Ichem era el principio de todo. Y uno nunca debe reescribir el principio de una historia.

¹³ N. del T. Expresión en árabe cuyo significado es «gracias a Alá».

- Las frutas y las verduras son una mina de oro, ¡te lo juro! – me dijo.
- Qué bien.
- Pero es duro, *wallah*, me duele la espalda.
- ¿Qué tal va tu cuñado?
- ¡Youss! Es álbum de oro en el Magreb. Sale en un trozo con Magic System.
- *Saha*¹⁴, qué bien.
- ¡*Hamdoulah*!
- Y, ¿tu sobrino Wawa?
- Bien, gracias, todos están bien.

Sé que en su cabeza no para de repetir «Cinco en tus ojos». Una expresión para protegerse del mal de ojo del otro y del que podrías echarte a ti mismo.

Pasamos revista a toda la familia como en los rezos de los muftis que dan la vuelta a toda la ciudad con los altavoces a todo volumen.

- Voy a irme.
- Tranquilo Stress... ¡termínate el cigarro! ¿no quieres comer algo?
- No, *wallah*, Nordine se tiene que estar poniendo nervioso.
- *Saha* Stress, gracias por pasarte. Hasta pronto, hermano.

Cuando volví al puesto, Nordine vino directo.

- ¿Dónde estabas Stress? Te has apalancado, *wallah*.
- Toma, te traigo un café.
- ¿Dónde estabas? Me cago en mi madre.
- ¿Qué tal te ha ido vendiendo?
- *Wallah* no hay nadie.
- ¿Los tíos de los calcetines ya no están?
- ¡Que lo han vendido todo!
- ¡Se han llevado tu altavoz!
- ¿Qué altavoz?
- La cosa esa para hacer música.
- ¿El amplificador?
- ¡Eso!
- ¿Cuánto?

¹⁴ N. del T. Palabra en árabe que significa «salud» o «que aproveche».

- 150.
- ¿Qué dices? Y, ¿no se han llevado la guitarra?
- El tío se ha ido a sacar dinero y vuelve.
- ¡Increíble! Toma, coge tu café.

Nordine no tuvo tiempo de coger el café. Sus dos ojos negros se volvieron de color preocupación. Su mirada se paró a lo lejos y sin soltar el horizonte dijo:

- ¡Venga, nos vamos!
- ¿Qué te pasa?
- ¡Te digo que nos vamos!
- ¿Qué?
- Sido está viniendo.
- ¿Y qué?
- El descodificador... ¡no funciona!

Cogí la guitarra y dejamos el resto. Nos dimos prisa corriendo por todo el mercado como en una escena de una película cómica que ves en modo acelerado. Los tíos de Sido, sus chalecos naranjas y sus walkies-talkies corrían por todas partes. Nunca volví a poner los pies en las pulgas con Nordine.